

Selección



CLARK CARRADOS

¡MATAD, MALDITOS, MATAD!

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

304 — El hombre de la capa roja, *Clark Carrados*.
305 — Pánico en Saltón Rock, *Joseph Berna*.
306 — La casa de las serpientes, *Clark Carrados*.
307 — Las orgías de la gaviota caníbal, *Ralph Barby*.
308 — Pesadilla de deseo y de sangre, *Burton Hare*.

CLARK CARRADOS

¡MATAD, MALDITOS, MATAD!

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 309
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 38.094 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1979

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Mientras el taxi le conducía a través de un serpenteante camino entre las montañas, en dirección a la parte norte de la isla, Stuart Emsbury rememoraba una y otra vez la forma en que había llegado a Haití, último lugar de la Tierra al que hubiera soñado en viajar, de no haber sido por una extraordinaria carta, recibida dos semanas antes y de la que, en principio, no habría hecho el menor caso, de no haber sido por la agradable circunstancia de estar acompañada de un sustancioso cheque de cinco mil dólares.

La carta, además, iba acompañada de una especie de tarjeta de identidad personal, que le había dejado estupefacto, puesto que en ella figuraban sus datos personales, incluida también una fotografía de busto. Claro que no era de las especiales que uno se hacía con tal objeto, y hasta un lego podía advertir que se trataba de una toma con teleobjetivo, de la cual habían suprimido el resto del cuerpo, a partir de los hombros, pero, no obstante, podía apreciarse la semblanza de la imagen con el original personal. Alguien había tomado aquella fotografía sin que él lo supiera, eso quedaba fuera de toda duda.

Pero lo más curioso era el mensaje contenido en la misiva.

Decía:

> *Si deseas recibir una importante parte de la herencia que, como descendiente mío te corresponde, deberás acudir a mi residencia de la isla del Angel Negro, situada frente a la costa norte de Haití. Una vez hayas llegado al aeropuerto, tomarás un taxi, a cuyo conductor indicarás te lleve a la costa en donde se encuentra el embarcadero que permite viajar hasta la citada isla por vía marítima. El viaje, sin embargo, es muy corto, menos de veinte minutos en motera y una te aguardará permanentemente en las fechas comprendidas entre el 6 y el 12 de mayo próximo. Incluyo esta tarjeta, para que te identifiques ante el piloto de la motora, así como un cheque por valor de $5.000 tanto para que te convenzas de la veracidad de mis asertos, como para que puedas equiparte de ropa y otros objetos personales, caso de que lo precises.*
>
> *Importante: la fecha del 12 de mayo, a medianoche, es el máximo plazo que puedo concederte. No te molestes en escribir para acusar recibo, ni tampoco para justificar una posible ausencia. Pasada esa fecha, perderás todos los derechos a la herencia.*
>
> *Tu bisabuelo,*
>
> J. B. ORLOWE

La vida profesional de Emsbury estaba a punto de cambiar, para mejorar, por supuesto, cuando recibió la carta. Iba a firmar un importante contrato y rogó a la otra parte demorasen unos días la .operación. Ninguno de los dos iba a perder nada y, por otra parte, él estaba necesitando una especie de vacaciones. Hubo un acuerdo satisfactorio entre ambas partes y, sin más, Emsbury lo preparó todo para el viaje a Haití.

Era una especie de aventura, no sólo por el incentivo de la herencia, que parecía ser cierto, sino por el descubrimiento de que, de sus antepasados, le quedaba vivo un bisabuelo, del que, hasta entonces, no había tenido la menor noticia. No obstante, una discreta investigación le había hecho conocer algunos detalles de Orlowe, un excéntrico millonario que, cansado sin duda de ganar dinero, había decidido hacía muchísimos años retirarse a la isla del Angel Negro.

Debía de ser una isla muy pequeña, puesto que no figuraba siquiera en los mapas que había consultado. Si aparecería en las cartas marítimas, pero su curiosidad no había llegado a tanto.

Haití, misterios, brujerías, vudú, filtros, hechizos mágicos... y los «zombies», los muertos vivos de las leyendas y que en aquella isla misteriosa tal vez se habían hecho realidad. ¿Era allí donde había ido a refugiarse su ahora valetudinario y antaño genio de las finanzas, Jackson Burr Orlowe, su sorprendente bisabuelo?

Los informes que tenía al respecto decían que Orlowe estaba próximo a cumplir el siglo. Sí, podía ser su bisabuelo, pero... ¿cómo no lo había mencionado nadie jamás en su familia?

El taxi salvó una hilera de colinas y empezó a descender hacia la costa, que se adivinaba entre las brumas del atardecer. El conductor era un robusto haitiano, de piel de ébano, con el que apenas si había cambiado unas cuantas palabras desde que subiera al coche en el aeropuerto. Había llegado, incluso, a preguntarle, si había fantasmas en la isla del Angel Negro, pero el hombre se había limitado a enseñar los blanquísimos dientes en una sonrisa evasiva.

Minutos después, el coche, tras un amplio viraje, se detenía junto a un pequeño muelle, al cual se veía amarrada una motora de aspecto bastante anticuado. «Como el dueño», pensó Emsbury.

Bajó del vehículo y el motorista se acercó de inmediato.

—Soy Peius —se presentó—. El señor puede llamarme así, sin más requisitos — dijo en correcto inglés, aunque con el acento peculiar de los haitianos—. El señor tendrá sin duda su tarjeta de identificación.

—Por supuesto, Peius. —Emsbury se la entregó al motorista—. Mientras la examina, voy a pagar el taxi.

La maleta y un maletín con los útiles de aseo estaban ya en el suelo. Emsbury pidió la cuenta, añadió una sustanciosa propina y se volvió hacia Peius.

—¿Satisfecho?

—Sí, señor Emsbury. Por favor, pase a la lancha; yo me ocuparé del

equipaje... Ah, veo que viene otro coche. Tenga la bondad de esperar.

Emsbury se volvió. Los faros de un vehículo que descendía por el accidentado camino, eran fácilmente visibles.

Dos personas descendieron del coche, un hombre y una mujer. Asombrado, Emsbury reconoció de inmediato a la mujer, Cresylla, la famosa modelo de color, alta y delgada como una palmera y grácil, pero también felina como una pantera. Era extraordinario el éxito que había tenido aquella muchacha en los últimos tiempos. Las revistas gráficas se la disputaban y últimamente había oído hablar de un contrato de un millón de dólares, por la exclusiva de presentar en televisión dos clásicas prendas femeninas, íntimas, por supuesto.

El otro debía de ser August, el fotógrafo y creador de la estrella, un hombre bajito, regordete y fofo, con ojos y nariz de búho, pero con una vista y una agudeza realmente excepcional para las tomas fotográficas. Al desembarcar del taxi, se produjo una ligera discusión. Al parecer, August no figuraba entre los invitados.

—Jamás me separo de mi estrella —declaró el fotógrafo pomposamente —. Y si no me permiten acompañarla a la isla, Cresylla dará media vuelta y regresará a Nueva York.

Peius dudó. Al fin,' se encogió de hombros.

—Puedo llevarle a la isla, pero si el señor dispone que se marche, tendrá que hacerlo — dijo.

Cresylla y su fotógrafo avanzaron hacia la motora. Galante, Emsbury, ya en la embarcación, dio la mano a la modelo. August se sulfuró.

—¡No la toque, estúpido!

—Por favor, August —dijo Cresylla con voz bien modulada—. El caballero sólo trata de ser cortés. — Se volvió hacia Emsbury —. August parece uno de aquellos padres del siglo pasado, que no permitían que a sus hijas les rozasen siquiera la mano, hasta después de haber pasado por la iglesia. Pero no es mi padre, por supuesto —añadió intencionadamente.

August emitió un bufido y saltó a la lancha. Peius se dispuso a soltar las amarras. En la proa, un farol daba algo de luz al embarcadero. Las aguas, muy mansas, eran negras.

En aquel momento, se oyeron los bocinazos de un taxi. Peius volvió la cabeza.

—Otro bisnieto —comentó jovialmente—. Me presentaré, si no tiene inconveniente, señorita Cresylla. Emsbury, Stuart Emsbury.

—Me conoce usted — sonrió la modelo.

—He visto muchas fotografías suyas. A mí me gustaría...

—A usted no le gustaría nada — cortó August hoscamente—, No le pida nada a esta mujer, ¿entendido?

Sin mirarle, Emsbury preguntó:

—¿Es su mastín?

— Se cree obligado a defenderme, Stuart.

Al joven le agradó que una mujer tan famosa le llamase por su nombre. August se sentó en un rincón de la motora, ofendido y silencioso.

El otro coche se detuvo. Una atractiva muchacha saltó a tierra. Como de costumbre, Peius salió a su encuentro y cumplió con las formalidades de identificación.

—Puede pasar a la lancha, señorita Kahler.

—Gracias, Peius.

Era una muchacha vivaz, de rápidos movimientos y estatura mediana. El pelo parecía rubio oscuro con la escasa luz del farol de la lancha, Al saltar a bordo, se presentó:

—Myrna Kahler, amigos... ¡Oh, si es Cresylla!—exclamó —. Esto es fantástico, nunca me hubiese imaginado...

—¿Cómo estás, Myrna? — saludó la modelo —. Mi fotógrafo, August, parece un poco enojado, porque hablo con las demás personas, en lugar de mantener la postura distante y desdeñosa que, según él, debo aparentar en público. Pero eso es para otros lugares, no para la isla del Angel Negro.

—Bueno, en cierto modo, todos somos parientes —rió Myrna. Estrechó la mano de Emsbury con desenvoltura—: Me alegro de conocerte, primo Stuart.

Emsbury sonrió.

—Nunca había soñado en tener unas primas tan encantadoras —contestó —. La verdad es que no se me había ocurrido la idea...

—Bueno, es que somos el resultado de los trapicheos del bisabuelo — dijo Myrna—. ¿Alguno de vosotros teníais idea de ser parientes de Orlowe?

Las respuestas fueron negativas. August dijo algo, pero sus palabras fueron ahogadas por el estruendo del motor de la lancha al arrancar.

Peius hizo salir la embarcación en marcha atrás, luego viró en redondo y aceleró para llegar a la isla, algunas de cuyas luces centelleaban en el horizonte.

—La isla del Angel Negro — murmuró Myrna, repentinamente seria.

—¿Sabes lo que significa ese nombre? —preguntó Cresylla.

—No...

—El Diablo.

—Pero así resulta más poético.

—Sí, muy cierto.

De pronto, Myrna se volvió hacia el motorista.

—Peius, ¿hay más bisnietos en la isla?

—Siete, señorita. Según mis noticias, ustedes son los últimos.

Myrna soltó una risita nerviosa.

—Va a ser una reunión de primos muy animada —comentó—. Empleo la palabra primo en el mejor sentido, porque no creo que se trate de un engaño...

—No es un engaño, señorita Myrna — dijo Peius gravemente.

—¿Cómo lo sabe usted? — inquirió Emsbury.

—Llevo más de veinte años al servicio del señor Orlowe y he aprendido a conocerle.

Cresylla se inclinó hacia adelante.

—Díganos, ¿está muy viejo? Debe de tener lo menos cien años...

—Noventa y ocho, pero aún conserva toda su lucidez. Sin embargo necesita usar una silla de ruedas.

—Lógico —murmuró Myrna.

—Es sorprendente — dijo Emsbury—. Nunca, hasta ahora, por lo que parece, habíamos tenido la menor noticia, ninguno de nosotros, de ser descendiente del famoso Orlowe. Me pregunto a qué será debido, por qué nuestras familias no nos lo dijeron a su tiempo.

—Tendremos la explicación cuando lleguemos a la isla —manifestó la modelo. August, ofendido porque nadie le hacía caso, continuaba en su rincón, arisco y callado.

Myrna, por su parte, se había reclinado en uno de los bancos y tenía la mano fuera de la borda, dejando que el agua rozase sus yemas. De repente, Peius lanzó una exclamación:

—¡Retire esa mano inmediatamente, señorita! ¿Quiere que un tiburón se la arranque de una dentellada?

Myrna, terriblemente asustada, se irguió inmediatamente.

—Dispénseme, no lo sabía. .

—¿Hay tiburones por estas aguas, Peius? —preguntó Emsbury.

—No son muy grandes, pero pueden cortar un brazo o una pierna con toda facilidad —respondió el motorista con grave acento.

—Lo tendremos en cuenta, para no bañarnos en el mar —dijo Cresylla.

—Hay una gran piscina en la isla, señorita —indicó Peius.

CAPITULO II

En su dormitorio, grande, fastuoso, Emsbury, al levantarse por la mañana, rememoró los detalles de su llegada, el embarcadero, de mejor aspecto que el de la costa, las empinadas escaleras que conducían a las plataformas superiores, la casa, antigua, misteriosa, brillantemente iluminada... los otros herederos, a quienes había conocido durante la cena... Las doncellas, todas de color, serias, hieráticas, silenciosas, sirviendo con destreza los platos, atentas al menor deseo de los huéspedes... y Peius, ataviado con un frac verde botella, dirigiendo autoritaria e impecablemente el servicio.

Los platos, exquisitos, los vinos, de las mejores marcas y en su punto de temperatura... Luego la charla en el gran salón, con aromáticos cigarros y el café y el coñac... Sí, una recepción de gran lujo, pensó. Como correspondía a un hombre que había amasado una inmensa fortuna.

La frase de Myrna: «Todos somos primos», había hecho fortuna y en buena parte, roto el hielo inicial. A partir de aquel momento, todos se tuteaban confianzudamente, aunque, por lo que había podido apreciar, ninguno tenía la menor idea de la importancia de cada porción de la herencia que podía corresponderles. Tampoco, al menos en aquellos momentos, ninguno había declarado haber conocido a Orlowe. Por lo que podía presumir, todos sus «primos» se habían sorprendido tanto como él al recibir la carta en que les anunciaba la distribución anticipada de una buena parte de la herencia.

Emsbury había conocido así a Eggerton Simms, cuarentón, pedante, presumido, con peluquín que intentaba ocultar su casi total calvicie; Medora Worghis, treinta y cinco años, alta, rubia, exuberante, de ademanes pretendidamente distinguidos, con los que, posiblemente, quería ocultar su auténtica profesión... Lila Frobish, menuda, con grandes gafas y ojos muy miopes, delgadísima y tan lisa como una tabla. Por un par de frases que había escuchado durante la cena, Emsbury había llegado a la conclusión de que la Frobish tenía la lengua tan venenosa como la de un crótalo.

Estaban también Rod Keeler, alto, atlético, narcisista. Con seguridad, era hombre que vivía de vender su apostura a damas viejas y ricas. Hal Prowels, de regular estatura y lentes de cerco de oro, daba la sensación de ser el perfecto agente de Bolsa, cauto y mesurado en los momentos iniciales de una operación, pero rápido para disparar su garra y evitar que el centavo que se caía de la mesa lo atrapase otro.

Grant Skinner era el prototipo del hombre al que todo le daba igual, con tal de que no le faltase la bebida. Locuaz, pero cortés, se había pasado la velada empinando el codo. La nariz roja y las venillas de sus redondos mofletes, indicaban sobradamente su afición a los productos líquidos con alto contenido de alcohol.

Aparte de August, quien, por el momento, había recibido permiso para permanecer en la isla, había otro hombre, grueso, sanguíneo, de mirada aguda

y dientes caballunos, entre los cuales sujetaba, salvo cuando comía o bebía, un sempiterno cigarro de mala calidad, apestosamente humeante. Emsbury se preguntó cuál sería el papel del sujeto en la isla, ya que no había declarado ser heredero de Orlowe. Pero salvo su nombre, Gillian Manning, y su procedencia, Nueva York, era todo lo que había conseguido saber del sujeto. Pero tampoco había dicho que no fuese heredero.

Desde la ventana, ataviado con una camisa de color crema, de manga corta, pantalones algo más oscuros y zapatos livianos, Emsbury contempló el anchuroso parque situado en la cima de la isla, explanada al costo de cientos de miles de dólares. Había gran abundancia de césped, regado casi constantemente, y árboles tropicales, aunque no faltaban de otras especies. La piscina era enorme y estaba alimentada por un grueso caño del que fluía el agua incesantemente.

En la explanada anterior, había mesas con sombrillas multicolores. Algunos de los herederos estaban desayunando al aire libre. Emsbury, joven al fin, empezó a sentir los pinchazos del apetito.

Salió de su cuarto. En el corredor se encontró con la modelo.

—Buenos días, Cresylla — saludó, cortés.

Ella sonrió.

—He dormido como hacía mucho tiempo no me sucedía —declaró—. La verdad, necesitaba cambiar de vida, aunque no fuese más que por unos pocos días. Llevo una existencia muy ajetreada...

—Pero agradable, no cabe duda.

—En ocasiones, me siento hastiada, créeme.

—Vamos, Cresylla, eres joven...

La mano de la modelo se apoyó en el brazo de Emsbury.

—Es una vida muy fatigosa, pero será mejor que no hablemos más del asunto. Por cierto, ayer, en la motora, dijiste algo de que te gustaría no sé qué sobre mí...

—Oh, sí, me gustaría hacerte un dibujo al natural.

Ya estaban en la puerta. Cresylla se volvió, sorprendida.

—Eres pintor —exclamó.

—Modestamente, dibujante de «comics». Pero me defiendo.

Salieron fuera. Emsbury añadió:

—Sin embargo, pienso que August debe de tener todos los derechos sobre cualquier imagen tuya, ¿no es así?

Cresylla sonrió dulcemente.

—Ya hablaremos de esto en otro momento. Ahora vamos a desayunar; estoy desfallecida de hambre.

—Ten cuidado con tu línea. Tu silueta es tu vida —dijo él riendo.

—De cuando en cuando, echo una cana al aire... en cuestión de comida — respondió Cresylla no menos jovialmente.

Apenas se habían sentado a la mesa, llegó Myrna. La joven vestía una blusita sin mangas, con la espalda al aire, pantalones cortos y zapatillas

blandas. Era realmente, la viva estancia de la frescura juvenil, una visión reconfortante y agradable. Emsbury la comparó mentalmente con Cresylla. Dos tipos de mujer absolutamente distintos, natural la una, sofisticada la otra. Sin embargo, presentía que la afectación de Cresylla era más bien el producto de una línea de conducta debidamente estudiada que a su idiosincrasia personal.

—Por cierto —dijo Emsbury de pronto—, no he visto a August...

—Está muy enfadado. Le han destinado una habitación del ático —contestó Cresylla—. Estaba ocupada por una de las doncellas, que ha tenido que irse a la de una de sus compañeras.

El desayuno estaba servido ya. Mientras untaba de mantequilla una rebanada de pan tostado, Myrna dijo;

—No me gusta ser aprensiva ni aguafiestas, pero debo deciros una cosa que creo importante. Estamos siendo servidos por «zombies», femeninos, claro está, pero «zombies», al fin y al cabo.

* * *

Emsbury tenía la taza de café en camino hacia sus labios y suspendió el viaje.

—Myrna, por favor...

—He dicho que no quería ser aprensiva, pero tampoco voy a ocultar lo que he averiguado. Al menos, a vosotros dos, los primos que me habéis resultado más simpáticos. Y si pensáis que estoy loca, dejadme hacer una prueba.

Cresylla sonrió.

—Por favor, prima Myrna...

—He dicho que haría una prueba —insistió la chica tercamente—. Esperad un momento.

Agitó la mano y llamó:

—¡Muchacha, ven, por favor!

Una de las doncellas pasaba cerca de la mesa en aquel momento, llevando una bandeja en las manos. Era una joven alta, esbelta, de pechos firmes y erguidos, que se marcaban claramente bajo el uniforme que vestía, de una hechura absolutamente discreta. Al oír la voz de Myrna, la doncella se detuvo, giró un cuarto, avanzó unos pasos y volvió a detenerse ante la mesa.

—Por favor, más café — pidió Myrna.

La doncella no contestó, limitándose a un ligerísimo gesto de asentimiento con la cabeza. Luego giró pausadamente y se alejó con paso rítmico, de zancadas exactamente iguales las unas a las otras.

Emsbury se quedó un tanto perplejo.

—Puede que no sepa el inglés. Pero café lo entiende todo el mundo, creo.

—¿Ha sonreído? ¿La habéis visto parpadear? ¿Una mujer que lleva algunos años sirviendo en esta casa, no ha podido aprender por lo menos un mínimo vocabulario inglés? «Sí, no, señorita, gracias, ahora mismo...» No son

palabras tan difíciles, supongo.

Emsbury se volvió hacia la modelo.

—¿Qué opinas tú, Cresylla?

La joven bajó la vista un instante, mientras removía con la cucharilla el azúcar de su taza de café.

—Voy a deciros una cosa —respondió—. El color de mi piel no tiene nada con lo que acaba de enseñarnos Myrna. Soy mulata..., pero también producto de una civilización supermoderna. Si es que podéis entender lo que quiero expresaros.

—Lo entendemos perfectamente —dijo Myrna—. De todos modos, preguntaremos a Peius..

Emsbury movió una mano.

—No te precipites —aconsejó—. Naturalmente, no puedo prohibírtelo, pero, por lo que he podido apreciar, todas las sirvientas son jóvenes y muy hermosas. Es posible que Peius las haya instruido severísimamente acerca de su comportamiento con los huéspedes. Algunos podrían sentir la tentación de... bueno, ya me comprendéis, muchachas.

—Eso sí es cierto —reconoció Cresylla—, No he visto a ninguna que no sea terriblemente atractiva. Y me alegro de que estén aquí; alguna podría desbancarme, incluso.

—Tú ya tienes tu fama cimentada — sonrió Emsbury —. Por cierto, lo que sí convendría preguntar a Peius sería algo sobre el momento de conocer a nuestro bisabuelo. Aún no nos han dicho nada al respecto...

—El señor Orlowe les hablará cuando lo tenga por conveniente. Mientras tanto, disfruten de su hospitalidad sin cortapisas, señores.

Myrna se sobresaltó y lanzó un pequeño grito, Peius había aparecido repentinamente, como surgido del suelo y, al escuchar las palabras del joven, había dado su respuesta,

—Gracias, Peius — dijo Emsbury.

—Ha sido un placer, señor.

El mayordomo se alejó. Myrna expulsó el aire de sus pulmones

—¡Dios, qué susto! ¿Acaso ese hombre es capaz de aparecerse a voluntad en cualquier parte?

—Es un tipo muy considerado —opinó Emsbury—. Simplemente, está pendiente de nuestros menores deseos.

La doncella a la que habían pedido el café, vino con una jarra llena, la dejó sobre la mesa y se retiró en silencio.

—Lo dicho — murmuró Myrna—, Es una «zombie».

—Tal vez haya una forma de averiguarlo — dijo el joven.

—¿Cómo, Stuart?

—Pellizcándola en el trasero.

—Oh... —Myrna se puso colorada—. Serías capaz

—Como no creo que sea una «zombie», me abstendré de comprobar la dureza de unas caderas tan bien formadas.

August llegó en aquel momento, resoplando como un búfalo.

—Qué noche, qué noche... No he podido pegar un ojo...

—Los mosquitos —sonrió Myrna.

—Los mosquitos, un cuerno. La cama...

—August, puede que seas un buen fotógrafo, pero como persona, eres repugnante en ocasiones —dijo Cresylla apaciblemente —. Cuando te halles en presencia de otras personas con las que yo estoy conversando, sean quienes fueren, pero más si son mis amigos, abstente de palabrotas y groserías. ¿Estamos?

August se quedó con la boca abierta. Sonriendo amablemente, Myrna le llenó una taza de café.

—Vamos, fotógrafo, procura combatir el sueño — dijo alegremente.

August apretó los labios. Evidentemente, se contenía para no contestar con otra imprecación.

—A propósito —dijo Cresylla—. Stuart ha dicho que piensa hacerme un dibujo. Es dibujante profesional, ¿sabes?

—Siempre que viajo, me llevo un cuaderno de dibujo, para tomar apuntes —declaró Emsbury—. Pero me gustaría más hacerte un retrato, un «gouache», por ejemplo, Cresylla.

—Lo dejo en tus manos, Stuart —respondió la modelo graciosamente.

August pegó un puñetazo en la mesa.

—¡No lo consentiré! —exclamó violentamente—. Tengo la exclusiva sobre todas las imágenes que se puedan tomar del menor rincón de tu cuerpo. Firmaste un contrato conmigo y deberás atenerte a sus términos...

—Que yo sepa, en ese contrato no se habla para nada de que un artista pueda hacerme un retrato para mi uso personal —dijo Cresylla con frialdad. Se volvió hacia Emsbury—. Posaré para ti, cuando lo creas conveniente, Stuart.

—Gracias, Cresylla.

Myrna alzó una mano.

—Tiziano, ¿puedo pedirte el mismo favor? —Solicitó jovialmente.

—Por supuesto, Monna Lisa —rió Emsbury.

August se levantó.

—Me voy, no puedo seguir soportando más tonterías —dijo abruptamente —. Cresylla, consultaré con mi abogado sobre ese retrato...

—Consulta al Tribunal Supremo, si un abogado te parece poco — respondió la modelo sin inmutarse —. Pero ten en cuenta una cosa: aquí eres sólo un huésped tolerado, no un invitado. Cuando se trate de fotografías profesionales, te obedeceré en todo. En mi vida privada y más en la isla, no te tolero la menor injerencia. ¿Está claro?

August se marchó echando pestes. En aquel momento, sonaron unas palmadas.

Todos los huéspedes volvieron la cabeza. Gillian Manning reclamaba su atención.

—Señoras, caballeros, tengan la bondad de formar un semicírculo a mi alrededor — exclamó—. Tengo que decirles algo en nombre del señor Orlowe.

CAPITULO III

Peius apareció, empujando un carrito de ruedas, sobre el que se veía un bulto, cubierto por un paño blanco. Al llegar a la altura de Manning, se situó a su lado, aunque un paso detrás, en actitud respetuosa.

Emsbury y las dos jóvenes se levantaron en el acto. Manning empezó a hablar:

—Quizá lo que vaya a decirles no les agrade demasiado, pero, como, en fin, se refiere a hechos que sucedieron hace casi setenta años, el problema ha dejado de existir. Me refiero, naturalmente, al parentesco de todos ustedes con el señor Orlowe.

«Antes, sin embargo, quiero decirles otra cosa. Hace ya un par de años, el señor Orlowe me encargó una investigación sobre la existencia de posibles herederos suyos. Me costó trabajo, pero, al fin, encontré a todos ustedes, y comprobé que, en efecto, el señor Orlowe tuvo mucho que ver con diez señoras. Probablemente, fueron más, muchas más; pero de todas las mujeres amadas por el señor Orlowe, sólo diez, como he dicho, se posee la absoluta seguridad de que tuvieron descendencia. Insisto en que lamento infinito lo que estoy diciendo y que no soy culpable en absoluto, pero todos ustedes son descendientes de aquellos diez bastardos que el señor Orlowe tuvo en sus borrascosos tiempos juveniles.

—Debía de ser un don Juan irresistible —rió Lila Frobish.

—Menuda capacidad amatoria —comentó Eggerton Simms.

—¿Ganó algún concurso de sementales? —Preguntó Keeler—. Porque me gustaría tener la receta...

Las risas parecieron distender un poco la situación. Embsbury se preguntó cuál habría sido su antepasado, tenido por Orlowe, lógicamente, en edad muy temprana. No cabía duda de que había sido un amador excepcional.

Pero, de repente, se le ocurrió una objeción y levantó la mano.

—Diga, señor Emsbury — solicitó, cortés, el detective.

—Estos sucesos debieron producirse, dada la edad actual de nuestro bisabuelo, entre setenta y setenta y cinco años antes, aproximadamente, ya que luego sus descendientes tuvieron otros hijos, nuestros abuelos. Pero son demasiados años, a pesar de todo, para que un hombre recuerde los nombres de diez mujeres que le dieron sendos hijos.

—El señor Orlowe era siempre un hombre sumamente metódico y conservó un cuaderno, naturalmente, muy reservado, en el que anotaba los nombres de todas sus amantes —explicó Manning—, Lógicamente, echó mano de ese cuaderno para encomendarme la investigación que dio por resultado encontrarles a todos ustedes.

—Muchas gracias —dijo Emsbury—, Prosiga, por favor.

—Sí, hable de la herencia —pidió la aparatosa Medora Worghis—. Eso es lo que más nos interesa ahora.

Cresylla levantó la mano.

—A mí me gustaría saber dónde está el señor Orlowe. Desearía verlo y hablar con él —manifestó.

Manning se volvió hacia Peius.

—El señor está ligeramente indispuesto y no bajará hoy al jardín — declaró el mayordomo, como respuesta a la indicación de Manning.

—Está bien, sigamos — propuso Prowels, impaciente.

—Bien —continuó Manning—, está demostrado concluyentemente que todos ustedes son bisnietos del señor Orlowe. Habrán de dispensarme, por tanto, que haya investigado en sus vidas, aunque, como habrán podido darse cuenta, no se han enterado sino en el momento de recibir la carta en que se les citaba aquí. Esto es una práctica corriente hoy día, y nadie tiene por qué ofenderse, a menos que existan en su vida cosas que le interese mantener ocultas. Puedo asegurar a todos ustedes que, dada mi profesión, soy hombre de absoluta discreción y que, por mi boca, el señor Emsbury, por ejemplo, no sabrá absolutamente nada de lo que yo haya podido averiguar de la señora Worghis y viceversa. Sentado esto, pues, pasemos a lo que creo es el asunto más importante de todos los que estamos tratando: la herencia.

Medora palmoteo alborozadamente.

—Eso, eso, que se hable de la herencia — exclamó.

—Antes de seguir adelante, debo explicarles algo —continuó Manning —. El señor Orlowe triunfó siempre en los negocios, porque, pese a su audacia, fue también un hombre muy precavido. Por tanto, y para que un día no pudiera sucederle encontrarse con sólo un montón de papeles sin valor en los Bancos, empezó a reunir oro, hasta conseguir una cantidad respetable. Ahora bien, la realización en efectivo de la fortuna del señor Orlowe es algo muy complejo, de lo que ya se están ocupando sus abogados. Pero como no quiere que esperen tanto tiempo, decidió darles un anticipo... ¡como el presente!

Con ademán melodramático, Manning apartó a un lado el trapo blanco que había sobre la mesita y dejó al descubierto un bloque de forma alargada y color inconfundible, que arrancó una serie de exclamaciones de asombro de todos los presentes.

—¡Dios mío, nunca había visto una cosa semejante! —murmuró Keeler.

—Es oro, oro...—exclamó Myrna, con los ojos fuera de las órbitas.

Manning sonrió.

—Oro puro, en efecto —confirmó—. Hay nueve lingotes más, todos exactamente iguales a éste. Su peso es de mil doscientas cincuenta onzas, es decir, treinta y cinco kilos y un poco más. Pero si tenemos en cuenta la última cotización del oro en los mercados internacionales, que ha alcanzado ya la cota mítica de doscientos dólares la onza, tendremos así el valor de este lingote, que alcanza la respetable suma de doscientos cincuenta mil dólares.

Myrna se apoyó en el brazo de Emsbury.

—Sujétame, primo, que me voy a caer...

Keeler dio un paso hacia adelante y rozó el lingote con las yemas de los

dedos.
—Uno como éste, para cada uno de nosotros — dijo.
—Exactamente — confirmó Manning.
—Bien, ¿por qué no empieza ya el reparto? — exclamó Lila.
—Lo siento, señorita, pero tengo órdenes al respecto — contestó Manning —. El señor Orlowe, hoy un tanto delicado de salud, me ha dicho que quiere verles juntos a todos ustedes. Sólo me autorizó para que les explicase los motivos por los cuales están aquí y para que les enseñase el anticipo sobre la parte de herencia que pueda corresponderles. En realidad, lo que quiere es verlos reunidos a todos ustedes y conocerles en persona, pero, repito, hoy no se encuentra en buenas condiciones físicas. Tengamos en cuenta su ya avanzada edad...
—Está bien — le interrumpió Medora —. A fin de cuentas, no tenemos tanta prisa en marcharnos. La isla del Angel Negro es un lugar delicioso y si he de pasarme una semana aquí, no lo lamentaré en absoluto.
Keeler se emparejó con la rubia.
—No lo lamentaremos — dijo, mirándola devoradoramente.
Emsbury captó la expresión del «play-boy» y sonrió para sus adentros. Pero, de súbito, notó algo extraño y volvió a levantar la mano.
—¿Sí? — dijo Manning
—Perdone, pero usted ha hablado de diez herederos y yo cuento sólo ocho. Faltan dos—observó el joven.
Lila soltó una risa burlona.
—Es Skinner uno de los que faltan, hombre. Anoche, al retirarse a su habitación, iba abrazado a una botella. Estará durmiendo todavía la «mona». Y el otro ya llegará...
—Bien, entonces, cuando despierte, le daré la noticia —declaró Manning —. Mientras tanto, señoras, señores, disfruten de la hospitalidad de su bisabuelo. Y si necesitan algo, me tienen a su entera disposición. ¿Peius?
—Sí, señor —contestó el mayordomo, a la vez que se disponía a cubrir de nuevo el lingote de oro.

* * *

Emsbury, Cresylla y Mirna volvieron a su mesa. El joven tocó la cafetera. Estaba fría.
—Pediremos que nos traigan más café, cuando vengan a retirar el servicio — sugirió la muchacha.
Emsbury asintió. Sacó cigarrillos.
—Bien, ¿qué os parece?
—A mí, de maravilla —dijo Myrna, asombrada—. Este dinero me servirá para hacer realidad el sueño de mi vida: montar una «boutique» de prendas juveniles. ¿Y tú, Stuart?
—Yo.. También tengo un sueño, y es marcharme a vivir lejos de Nueva

York, en algún lugar donde haya espacios abiertos, árboles, hierba fresca y un riachuelo. Una cabaña en las inmediaciones... y de este modo podré trabajar verdaderamente a gusto. Sobre todo, ahora que tengo inminente la firma de un contrato muy ventajoso.

—Es una idea estupenda —aprobó Myrna—. Cresylla, ¿qué nos dices tú?

La hermosa modelo sonrió, a Emsbury le pareció que tristemente.

—Soy una pieza de un engranaje y debo continuar funcionando sin cesar —respondió significativamente.

—Podrías «rescatar» el contrato que te une a August y actuar independientemente.

—No resultaría. August tiene muchos conocimientos, muchas amistades... Pese a su carácter atrabiliario, está muy introducido en el ambiente y si lo dejase, mi carrera se vendría abajo en pocas semanas. La verdad, esta vida me fastidia horriblemente, pero temo a la pobreza y a la miseria.

—Eso es hablar con franqueza —aplaudió la muchacha—. Procura ahorrar algún dinerito y, cuando venza tu contrato, mándalos a todos al diablo.

—Quizá lo haga algún día — sonrió Cresylla.

En aquel momento, se acercó una de las doncellas para recoger el servicio.

—Por favor, tráiganos más café — pidió Emsbury.

La sirvienta no contestó, limitándose a actuar con movimientos mecánicos, los ojos perdidos y los labios juntos. Súbitamente, intervino Cresylla:

—¿Hablas francés? —le preguntó en este idioma.

El silencio de la doncella contestó. Una vez tuvo la bandeja llena, se irguió, dio media vuelta y se alejó.

—Lo dicho —habló Myrna en voz baja—, son todas «zombies».

—Pues si es así, no cabe duda de que se trata de unas «zombies» muy apetitosas. Yo siempre he oído decir que los «zombies» son unos tipos esqueléticos, con las mejillas chupadas, marcándoseles las costillas y con poco más que la piel sobre los huesos de los brazos y piernas. En cambio, esta doncella, como las otras, está, repito, muy apetecible.

—Emplearán algún procedimiento para mantenerlas con una figura agradable — apuntó la muchacha.

—Prefiero creer que han recibido órdenes severísimas de no hablar en absoluto con los huéspedes —dijo Cresylla.

—¿Ni siquiera para contestar «sí, señor; no, señor»? —Se asombró Emsbury—. Una cosa es que no admitan la menor confianza de los huéspedes, y otra que no puedan pronunciar siquiera el más corto de los monosílabos.

Myrna hizo un gesto con las manos.

—En fin, si lo miramos bien, eso importa poco, con tal de que nos sirvan cuando lo necesitemos — exclamó.

De pronto, se oyeron risas y voces junto a la piscina. Keeler y Medora, en traje de baño, se disponían a lanzarse al agua. Myrna observó críticamente la figura de la mujer, equipada con un breve bañador de dos piezas.

—Ya comienzan a notárseles rollitos de grasa en la cintura —murmuró críticamente.

La doncella vino en aquel momento con un nuevo servicio de café, que dejó sobre la mesa, alejándose a continuación, con el aire ausente de costumbre.

—Lo siento, pero estoy a punto de reventar —dijo Myrna—. Se lo preguntaré a Peius en cuanto le ponga la vista encima.

Era una actitud lógica, tanto como ilógica resultaba la de las doncellas, pensó Emsbury. Cresylla llenó las tazas y empezó a tomar su café a sorbos.

Un poco más allá, Simms y Lila conversaban animadamente. Prowels permanecía aislado, fumando con aire pensativo. De Skinner no había aún el menor rastro

Pero, de pronto, se dio cuenta de un detalle.

—Escuchad — dijo—. Manning ha hablado de diez herederos y yo cuento solamente nueve. Nosotros tres, Keeler y Medora, Simms, Lila Frobish y Prowels y Skinner. ¿Dónde está el décimo bisnieto? ¿Por qué no ha llegado aún?

Hubo un momento de sorpresa entre las dos jóvenes.

—Será un bisnieto secreto —rió Myrna.

—A lo mejor, Manning no sabe contar —dijo Cresylla, con insospechado buen humor.

Emsbury sonrió.

—A lo mejor, no ha recibido la carta de aviso —opinó.

—Peius dijo que nosotros éramos los últimos —le recordó la muchacha.

—Pero también dijo que ya había siete —dijo Cresylla,

—Por tanto, el décimo heredero está ya aquí. ¿Quién es? Un fascinante misterio, que el sagaz y astuto detective Manning no nos ha desvelado aún —exclamó Myrna alegremente.

Emsbury se puso en pie.

—Con vuestro permiso, voy a mi habitación a buscar el cuaderno de dibujo. Hay algunos lugares muy pintorescos en la isla y quiero tomar algunos apuntes.

—No te olvides de mi retrato —dijo Cresylla.

—Lo tengo siempre presente.

Emsbury cruzó la explanada, entró en la casa y se dirigió al primer piso. De pronto, vio una puerta entreabierta, a través de la cual se divisaba el cuerpo de un hombre tendido sobre la cama.

En el primer momento, creyó que Skinner estaba dormido. Todavía le duraba la borrachera, se dijo.

Pero eran casi las diez de la mañana y se habían retirado a dormir doce horas antes. Por otra parte, le extrañó la inmovilidad del sujeto.

Terminó de abrir la puerta, se acercó a la cama y alargó la mano, para tocar a Skinner y hacer que se despertase. Entonces observó la intensa palidez de su rostro.

Había debido morir de un ataque cardíaco, dedujo. Pero estaba completamente vestido... aunque quizá cabía la posibilidad de que, al notarse indispuesto, se hubiese tendido en la cama unos momentos, y allí le habría sobrevenido la muerte.

Peius debía saberlo, se dijo. De pronto, creyó ver algo extraño en la mano derecha del difunto, situada sobre su pecho, un poco hacia la izquierda.

Había un par de gotitas de sangre ya seca en uno de sus dedos. Con gran cuidado, Emsbury levantó la mano y entonces divisó el menudo orificio por donde se había escapado la vida de Skinner.

CAPITULO IV

Al cabo de unos segundos, Emsbury soltó la mano, que cayó en la misma posición, y se dirigió hacia la puerta. Ya no cabía la menor duda: Skinner había sido asesinado.

En la casa reinaba un silencio absoluto. Cerró la puerta con todo cuidado y se dirigió hacia la planta baja.

—¡Peius! —llamó.

Nadie contestó a sus llamadas. Con el ceño fruncido, se dirigió hacia una puerta que comunicaba, supuso, con la cocina. Abrió y tuvo que cruzar un corto pasillo, para llegar hasta el lugar deseado, que encontró completamente vacío.

Volvió de nuevo al vestíbulo. Una vez más, gritó para llamar al mayordomo, pero no hubo nadie que contestara a sus preguntas. En aquel momento, vio entrar a Cresylla y Myrna.

—Vamos a cambiarnos para nadar un poco en la piscina —dijo la segunda.

—Esperad un momento —pidió Emsbury—. Ya sé por qué no estuvo presente Skinner en la reunión.

—Aún le dura la borrachera — apuntó Cresylla.

August apareció de súbito, saliendo de la biblioteca.

—Cresylla, quiero hablar contigo — dijo.

—Espera un momento — contestó la aludida.

—¡No, ahora!

Cresylla hizo un gesto de resignación.

—Dispensadme, querido —Se acercó al fotógrafo y habló brevemente con él en voz baja. De repente, elevó el tono y contestó—: ¡No!

—Es un lugar estupendo...

—He dicho que no, August.

—Puedo obligarte...

—Tu contrato sólo tiene poder sobre mí en el territorio de los Estados Unidos —dijo Cresylla agudamente—. Está claro que tú podrías demandarme si otra persona me hiciera fotografías en un país distinto, pero no por ello puedes obligarme a posar en esa isla. ¿Me he explicado bien?

Los dientes de August crujieron.

—Demasiado bien — contestó, evidentemente malhumorado. Giró sobre sus talones y se marchó con paso vivo.

Cresylla regresó junto a la pareja.

—Quería tomarme unas fotografías en distintos parajes de la isla. Se trajo su equipo, pero mis obligaciones no incluyen posar fuera de los Estados Unidos. Y mucho menos en la forma que él quería que lo hiciera.

—Desnuda sobre alguna roca, supongo —sonrió Myrna.

—Y en el mar, pero hay tiburones.

Myrna puso su mano sobre el hombro de la modelo.

—Cresylla, si yo estuviese en tu lugar, aprovecharía el dinero de la herencia para rescatar el contrato y enviar al diablo a ese pajarraco —manifestó. Luego se volvió hacia el joven— Y bien, Stuart, ¿qué era lo que ibas a decirnos sobre Skinner?

—Está muerto.

* * *

Myrna se llevó una mano a la boca. Cresylla, más mesurada, dijo:

—Le ha matado la bebida.

—No. Ha sido un punzón. He visto la herida.

—Oh, no, un asesinato no...

—Lo siento, pero es así. Estoy completamente sereno y despejado. No me equivoco.

Myrna se estremeció un instante. Luego dijo:

—Tendríamos que hacer algo...

—Por ejemplo, contárselo a Peius —la interrumpió Cresylla—. Ahí viene.

El mayordomo cruzaba el vestíbulo en aquel momento. Emsbury hizo un gesto con la mano y Peius desvió sus pasos.

—¿Señor?

—Le he llamado antes varias veces —dijo el joven—. Usted no contestó...

—Dispense el señor; estaba ocupado impartiendo órdenes a la servidumbre. Lamento no haber oído sus llamadas, pero ya me tiene a su disposición para lo que guste ordenarme.

—Skinner ha...

—Aguarda un momento, Stuart —dijo Myrna vivamente—. Peius, ¿por qué las doncellas no contestan siquiera un triste «sí» cuando se les ordena algo? ¿Es que son mudas?

—Desconocen otro idioma que no sea el de su dialecto nativo, señorita. Son muchachas nativas de las montañas del interior...

—Sin embargo, sirven con notable diligencia y sin el menor fallo —observó Cresylla.

—Me costó mucho instruirlas —respondió Peius.

—Pero si les pido café, no me traen coñac —dijo Emsbury.

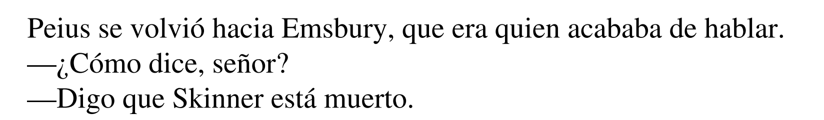
—Les enseñé un vocabulario mínimo de cosas, señor.

—Tiene usted respuesta para todo, muchacho —dijo Myrna desenvueltamente —. La verdad es que habíamos llegado a pensar que eran unas «zombies».

Peius sonrió.

—¡Oh, señorita, qué cosas tiene usted:..! Eso no son más que leyendas propagadas por escritores sensacionalistas... Le aseguro que las sirvientas están perfectamente vivas y hablan como cualquier otra persona normal, sólo que en su idioma peculiar, claro.

—En cambio, el que no está perfectamente vivo es el señor Skinner.



Peius se volvió hacia Emsbury, que era quien acababa de hablar.

—¿Cómo dice, señor?

—Digo que Skinner está muerto.

—Me parece imposible...

—Yo lo he visto, Peius. ¿Quiere acompañarme a su habitación?

—Por supuesto, señor.

Emsbury echó a andar, seguido de las mujeres y el mayordomo. Al llegar al primer piso, abrió una de las puertas y se apartó a un lado.

—Ahí lo tiene usted, Peius.

El mayordomo alargó un poco el cuello.

—¿Dónde, señor?

Emsbury miró un instante a Peius. Luego volvió la cabeza.

Una exclamación de asombro brotó de sus labios en el acto.

¡La cama estaba vacía!

Peius hizo una cortés inclinación de cabeza.

—Con el permiso de ustedes, tengo trabajo. Les ruego me disculpen...

Emsbury se volvió hacia las dos jóvenes.

—Juro que le vi muerto. Me pareció que seguía dormido y le toqué. Su piel estaba helada. Levanté la mano, porque vi algo de sangre entre sus dedos, y entonces pude ver el agujero del punzón...

—Si se trata de un crimen, han tratado de ocultarlo— dijo Cresylla gravemente.

—¿Y han escondido el cadáver en alguna parte? —sospechó Myrna.

—Seguramente.

Emsbury apretó los labios.

—Tendríamos que avisar a alguien con autoridad...

—Espera, no te precipites —aconsejó Cresylla—. Si el cadáver está escondido, no podemos hacer nada. No se puede denunciar un crimen sin un mínimo de pruebas.

—Dudas de mí, ¿verdad? —se picó el joven.

Cresylla hizo un gesto con la cabeza.

—No... pero puesto que no tenemos el cuerpo de Skinner, como prueba irrefutable, lo mejor es que sigamos haciendo vida normal. En todo caso, ya no podemos hacer nada por él.

—Peius es el culpable —acusó Myrna—. El mayordomo, claro. Siempre es el culpable.

—Estos no son momentos de broma —rezongó Emsbury—. Tendríamos que hacer algo...

La mano de Cresylla se apoyó en su brazo.

—No seas impulsivo, Stuart —dijo persuasivamente—, Aunque sea una actitud egoísta y poco recomendable, sigue mi consejo: no te metas en algo que no te incumbe,

Emsbury miró a su alrededor.

—Ni siquiera está el equipaje — murmuró.

—Cresylla ha dicho algo que me parece muy sensato —exclamó Myrna—, Sigamos con nuestro ritmo de vida normal... si es que en esta isla hay algo normal —añadió en voz baja.

—Voy a ponerme el traje de baño —anunció la modelo—. ¿Vienes a la piscina, Stuart?

—No —contestó el joven secamente.

Al cabo de unos instantes, regresó a su habitación.

Sentíase profundamente preocupado. Tenía la absoluta seguridad de haber visto muerto a Skinner.

Entonces, ¿dónde estaba su cadáver? ¿Quién lo había escondido?

La ventana de su dormitorio estaba situada en la fachada delantera. Desde allí podía ver parte de la costa de la isla, pero no el embarcadero, situado al pie de un sector particularmente escarpado. El mismo trazado del terreno ocultaba el pequeño muelle.

Encendió un cigarrillo. Al cabo de unos instantes; abandonó el dormitorio, descendió a la planta baja y salió a la explanada.

August estaba conversando con la exuberante Medora Worghis. Dado que el fotógrafo era más bajo que la mujer, su rostro quedaba a nivel de los protuberantes senos de la rubia. Los ojos de August estaban hipnóticamente fijos en aquel par de montículos gemelos, semiesféricos, escasamente cubiertos por dos diminutos trozos triangulares de tela blanca. Medora, por su parte, parecía muy satisfecha de la admiración que sus encantos físicos despertaban en el fotógrafo.

De pronto, ella avanzó un poco el busto y golpeó con el seno la nariz del fotógrafo, August dio un salto atrás. Ella rió.

Keeler se acercaba a la pareja en aquel momento. Emsbury no quiso seguir contemplando la escena.

Dudó un momento. Los otros herederos pereceaban bajo las sombrillas, cómodamente instalados en sus hamacas. Una doncella vino con vasos llenos de algo muy frío y empezó a repartirlos. La mano de Simms se disparó un instante, para introducirse bajo las faldas de la sirvienta, que permaneció impasible.

Simms hizo una mueca.

—Eso es un trozo de carne sin sangre —gruñó.

Quizá Myrna tenía razón, pensó Emsbury. Quizá las sirvientas eran todas unos «zombies».

La verdad, no le hacía gracia en absoluto ser atendido por unas muertas-vivas... o, por lo píenos, sumidas en un extraño sueño hipnótico, que las confería una apariencia muy poco agradable.

Sintióse nervioso y encendió otro cigarrillo De pronto, le pareció oír el «pof-pof» de la motora.

Sin pensárselo dos veces, buscó el camino que conducía al embarcadero. Empezó a descender las escaleras y, de pronto, vio en una de las terrazas ajardinadas a un hombre que parecía cuidarse de un macizo de flores

tropicales.

Era un negro de mediana edad, según le pareció, vestido con una holgada camisa blanca y pantalones del mismo color, pero descalzo de pie y pierna. Aunque en un principio le sorprendió la presencia del sujeto en la isla, pronto llegó a la conclusión de que había trabajos que era necesario fuesen realizados por un hombre.

El jardinero parecía ajeno a todo. Emsbury dudó un momento, pero no tardó en seguir su camino. Momentos después, llegaba al embarcadero, justo en el instante en que Manning amarraba la motora.

—Señor Manning —llamó.

El detective alzó la cabeza.

—Ah, hola —sonrió—. Puede llamarme Gillie. Es un diminutivo de mi nombre, ¿sabe? Me disgustan los formulismos y... ¿En qué puedo servirle?

—Se trata de Skinner.

—Ah, Skinner. Hombre, precisamente acabo de llevar lo a la costa. Dijo que tenía que marcharse urgentemente.

—¿Sin llevarse su lingote de oro?

—Es un tipo estupendo. Dijo que confiaba en nosotros, tanto como en su Banco, y que vendría en mejor ocasión a recoger su parte de herencia. Bueno, no he recibido instrucciones del señor Orlowe para retener a nadie, así que lo llevé hasta la costa. Eso es todo.

Emsbury vaciló un momento. ¿Estaba realmente muerto Skinner? El pinchazo que había visto, ¿no se debería a otras causas?

Se pasó una mano por la trente.

—Gracias, Gillie... — De súbito, recordó algo—. Oiga, usted habló de diez herederos, pero yo sólo he conocido a nueve, incluyendo al que acaba de abandonar la isla.

—Ah, pero ¿no se lo había dicho? Quizá lo omití —contestó Manning riendo —. El décimo heredero soy yo.

—¡Usted! — dijo Emsbury explosivamente.

—Sí, yo mismo — corroboró el sujeto, mientras pasaba por delante de Emsbury.

El joven dudó unos segundos. Luego inició el ascenso de nuevo. Cuando llegaba a la altura del jardinero, le vio erguirse y volver lentamente la cabeza hacia él.

Se estremeció. Los ojos del jardinero tenían una posición poco habitual, enseñando apenas la parte inferior de la pupila, de tal modo que casi no se veía más que el blanco de la córnea. La boca estaba entreabierta, en una expresión estupidizada de aterrador significado.

En aquellos momentos, Emsbury adquirió la convicción de que, si había un auténtico «zombie» en la isla, era el jardinero.

CAPITULO V

Durante los dos días siguientes, reinó una tranquilidad absoluta en la isla.

Todo seguía con absoluta normalidad. El servicio era perfecto y no había la menor queja en cuanto a los alimentos. El millonario continuaba en su habitación, aquejado de una leve dolencia que, sin embargo, a su edad, le causaba grandes molestias.

—Manning ha dicho que siente unos deseos locos de vernos, pero que, por el momento, le es imposible —dijo Emsbury.

Cresylla estaba sentada sobre una roca, cubierto su felino cuerpo con un mínimo de ropa. Emsbury, frente a ella, tenia apoyado en la rodilla un tablero de buenas dimensiones, encontrado en la casa, y al que había sujetado con chinchetas un gran rectángulo de papel, del que había llevado consigo en su equipaje.

—Manning no es médico —contestó la modelo, sin variar un ápice la postura sugerida por el joven—. ¿Cómo puede saber que al viejo no le convienen las visitas?

—¿Podemos hacer algo en contra? Todos nosotros, hasta hace unas pocas semanas, ignorábamos por completo nuestro parentesco con Orlowe. Por supuesto, yo había oído mencionar su nombre, aunque muy vagamente, y desconozco por completo sus costumbres.

—Lo mismo me sucede a mí, Stuart. Sin embargo, encuentro extraño que un hombre tan rico no disponga de un médico particular. Otros, con una fortuna muy inferior, lo tienen.

—Eso sí es cierto, pero, como ya he dicho, desconocemos sus costumbres. O quizá es que detesta a los médicos. Hay tipos así, que no llaman a un galeno, aunque estén a punto de reventar.

—A mí lo que me preocupa es la marcha de Skinner. No comprendo como una persona puede irse de la isla, abandonando un cuarto de millón.

—No se marchó, lo echaron.

—¿Expulsado?

Emsbury rió maliciosamente.

—Los tiburones tuvieron un banquete inesperado —contestó.

Cresylla abandonó su inmovilidad.

—¿Sigues pensando en el crimen?

—Sí. Pero no te muevas, por favor...

Myrna llegó en aquel momento y se sentó en el suelo, abrazándose a sus propias rodillas.

—Confirmado: el jardinero es un «zombie» —declaró a media voz.

—¿Lo has visto bien?

—He estado observándole desde muy cerca, he dado vueltas a su alrededor, le he hablado... hasta le he contado chistes verdes... pero cualquier estatua resultaría más parlanchina que ese hombre — contestó Myrna —.

Claro que se me ha ocurrido una hipótesis.

—¿Por qué no la explicas?

—El bisabuelo es un tipo muy tacaño. Los «zombies» no le cuestan apenas dinero..

Cresylla se echó a reír.

—Eres incorregible, Myrna —comentó.

—Bueno, es que yo no creo en las explicaciones de Peius sobre la falta de conocimiento de nuestro idioma de las doncellas. Al menos, tendrían que sonreír... y después de todo, contestar sí, aunque sea en francés, no es una empresa sobrehumana.

—Para los que no son humanos, si puede serlo —dijo Cresylla gravemente.

—¿Me permitís que os diga una cosa? —Intervino el joven—. Aunque sea cínico al hablar así, «zombies» o no «zombies», lo que interesa es el cuarto de millón de la herencia.

—Treinta y cinco kilos de oro pesan mucho —observó Myrna.

—Ya te ayudaré a cargarlos en el taxi que te lleve de vuelta al aeropuerto.

De súbito, se oyó una voz chillona a poca distancia:

—¡Cresylla!

Emsbury se volvió. August, ridículamente gordito, con las piernas como palillos, estaba a poca distancia.

—Dije que no quería que ese pintamonas te dibujase...

Myrna se puso en pie de un salto.

—¿Cómo se atreve usted a insultar a uno de los más grandes artistas de nuestro tiempo? — exclamó.

—Es un pintamonas — insistió August hostilmente.

Emsbury dejó los lápices a un lado y se puso en pie.

—Voy a pedir un alfiler y le pincharé. Entonces, usted se desinflará como un globo lleno de aire. Tal vez así, dejemos de escuchar sus estupideces.

Cresylla se incorporó también.

—August, estoy más que harta de oírte decir sandeces. Aquí, en la isla, te guste o no, hago lo que me parece. De modo que lárgate y déjanos en paz de una vez.

August lanzó una mirada venenosa al joven. Emsbury pensó en sacarle la lengua, pero no quiso empeorar la situación y volvió a sentarse. El fotógrafo acabó por marcharse, murmurando palabras ofensivas entre dientes.

—Sigamos, Cresylla — dijo Emsbury.

—Lo siento, estoy un poco nerviosa. Ese bastardo me ha desquiciado. Continuaremos mañana, Stuart.

—Como quieras.

Emsbury empezó a recoger los trebejos. De repente, oyeron un agudo grito a su derecha.

Un grupo de rocas salientes, que formaban una especie de promontorio, ocultaba a su vista lo que sucedía al otro lado. El grito se repitió.

—Vamos a ver —exclamó Myrna.

Emsbury dejó todo en el suelo y corrió hacia el promontorio. Con grandes dificultades, consiguieron dar la vuelta.

Entonces, vieron a un hombre que se agitaba en el mar.

—¡Socorro!

—¡Es Simms! —gritó Cresylla.

Las rocas caían a pico sobre el mar, situado a diez metros de distancia. Abajo no había playa, sólo afiladas puntas rocosas, que no permitían poner pie en la tierra firme.

Emsbury extendió su mano hacia la derecha.

—¡Nada hacia allí; ahora iremos a recogerte!

—gritó.

Simms hizo un apenas perceptible gesto de aquiescencia. Resultaba evidente que no era buen nadador, pero, al menos, podía mantenerse a flote.

—¿Cómo habrá podido caerse al mar? — exclamó la muchacha.

Cresylla observó el borde del promontorio.

—Se habrá acercado demasiado y, sin duda, perdería pie... —especuló.

En la base del promontorio, el agua, relativamente tranquila, tenía un color oscuro, indicador de su profundidad. Gracias a ello, Simms no se había estrellado contra las rocas del fondo.

Emsbury empezó a buscar un sitio para llegar a una pequeña playa que se divisaba a unos cien metros de distancia. De pronto, Myrna lanzó un chillido horroroso.

Cresylla se quedó como petrificada.

—Dios mío — murmuró.

Una aleta triangular se deslizaba rápidamente, hendiendo el agua como un afilado cuchillo. Emsbury se puso las manos a ambos lados de la boca, para conseguir un mayor volumen de voz:

—¡Eggerton, corre, aprisa..., aprisa...!

Simms volvió la cabeza un segundo. La vista del tiburón le hizo sentir un pánico infinito. Nadó desordenadamente, pero estaba claro que, falto de entrenamiento y, además, completamente vestido, tenía la partida perdida de antemano.

Bruscamente, lanzó un grito horripilante, a la vez que se agitaba convulsivamente con medio cuerpo fuera del agua. Myrna volvió la cabeza para no contemplar aquella espeluznante visión.

La sangre afloró de inmediato a la superficie. Emsbury se mordía los puños de rabia, sabiéndose impotente para ayudar al desgraciado. En aquel momento, acudieron más tiburones.

El mar se convirtió repentinamente en un sangriento hervidero de cuerpos alargados, que se movían alborotadamente, buscando cada uno su parte de la presa. Simms había dejado ya de gritar. Uno de los escualos, de mayor tamaño que el resto de sus congéneres, abrió la boca por completo. Al cerrarla, Emsbury vio que el cuerpo de Simms había perdido su cabeza.

A su lado, oyó ruidos raros. Cresylla vomitaba. El también sintió náuseas, pero pudo contenerse. Myrna, arrodillada, con las manos en la cara, sollozaba espasmódicamente.

Las aguas recobraron su aspecto apacible a los pocos minutos. Emsbury inspiró profundamente.

—Es preciso hacer algo —dijo.

Y echó a andar hacia la casa, situada escasamente a doscientos metros de distancia.

Myrna quedó, tratando de confortar a Cresylla, que estaba realmente afectada por el suceso. Emsbury siguió andando.

De pronto, oyó risitas y voces suaves al otro lado de unos arbustos.

Atraído por la curiosidad, se acercó con toda cautela. Sin hacer ruido, apartó los ramajes un poco.

Medora y Keeler, completamente desnudos, yacían sobre la hierba, en una postura que no daba lugar a equívocos. Ajenos a todo, se poseían mutuamente, agitándose con movimientos espasmódicos. Emsbury era hombre comprensivo, pero, a pesar de todo, sintió asco al oír las frases que pronunciaban ambos, sumidos en el paroxismo del placer.

Lentamente, se retiró y continuó su camino hacia la casa. A fin de cuentas, si Medora y Keeler se gustaban, no era cosa suya.

* * *

Manning se había mostrado irreductible; aún no se podía ver al anciano. En cuanto al accidente sufrido por Simms, si bien lo deploraba profundamente, la culpa era del muerto. Ya estaban advertidos de sobra sobre los peligros del mar que rodeaba la isla. Simms, dijo, no debía haberse acercado jamás tanto al promontorio.

Por la tarde, los herederos se reunieron en el salón.

—Es preciso que hagamos algo — propuso Emsbury.

—Sí, pero ¿qué?.— preguntó Prowels, a quien todo lo ocurrido hasta entonces parecía resultarle indiferente.

—Manning tiene tanto derecho como nosotros, pero no más —intervino Myrna —. Por tanto, no puede prohibirnos que veamos al viejo.

—Al parecer, tiene plenos poderes — supuso Keeler.

—Yo estoy bien aquí — declaró la Frobish—. Buena comida, un alojamiento excelente... Unas vacaciones sumamente agradables, creedme.

—Salvo por el hecho de que se ha producido una muerte —dijo Emsbury, sin querer mencionar de nuevo a Skinner.

—Manning lo ha dicho bien claro: él tuvo la culpa —respondió Lila—. Y, hablando con sinceridad, yo no siento el menor deseo de ver a un hombre que sólo se ha acordado de sus descendientes, cuando ya tenía una pata en la sepultura.

—Pero ¿somos realmente parientes suyos? — dudó Myrna.

—En mi caso, creo que sí —intervino Keeler, silencioso hasta aquel momento.

—A ver, explícate — pidió Medora.

—Cuando recibí la carta del viejo, investigué sobre mis antecedentes familiares. En el registro civil, mi abuelo, Jonathan Keeler, aparece como hijo de Martha Keeler y padre desconocido. Mi abuelo se casó y tuvo dos hijos, pero sólo uno de ellos le dio un nieto: yo.

—Entonces, crees sinceramente que desciendes de Orlowe —dijo Myrna.

—¿Por qué no? De momento, consigo un cuarto de millón. Si el viejo dice que soy su bisnieto, no voy a negarle ese capricho — respondió Keeler cínicamente.

—Mi ascendencia tampoco me importa un rábano —declaró Medora —. Eso es cosa del pasado y sólo el presente resulta interesante.

«Sí, sobre todo, cuando puedes acostarte con un tipo como Keeler», pensó Emsbury.

—Por mi parte, tampoco tengo prisa. Confío en Manning —dijo Prowels.

—Este es un buen sitio para unas vacaciones, sobre todo, si se piensa que cuando regresemos, llevaremos en el equipaje nada menos que un cuarto de millón en oro —rió Lila Frobish.

Emsbury apretó los labios. Estaba visto que no se iba a conseguir nada positivamente en aquella reunión. El egoísmo dominaba sobre cualquier otro sentimiento.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—¿Y si pidiéramos a Manning que nos enseñase los lingotes de oro? —exclamó.

—No sería mala idea —dijo Myrna entusiasmada—. El caso es que sólo hemos visto uno, el de muestra.

Keeler se puso en pie.

—Yo iré a hablar con Manning —se ofreció.

Regresó minutos después. Parecía muy satisfecho.

—Manning dijo que nos enseñará los lingotes mañana, después del desayuno —informó.

CAPITULO VI

Habían cenado ya y todos estaban en sus respectivos dormitorios. Emsbury, en pie junto a la ventana abierta de su dormitorio, contemplaba el mar, bañado por la luz de la luna a pronto de entrar en tase de plenilunio.

El rumor del oleaje llegaba suavemente. Emsbury pensó que un hombre había sufrido aquella misma mañana una horrible muerte. Pero después de haber visto a Skinner, dudaba mucho de que la caída de Simms hubiera sido accidental.

Había parajes más atractivos en la isla. ¿Por qué había tenido que ir a aquel promontorio precisamente?

Sacudió la cabeza. Si alguien había arrojado al agua a Simms, no cabía la menor duda de que había realizado una operación perfectamente planeada. Nadie había visto a otra persona en las inmediaciones de aquel lugar y todo parecía justificar la teoría del accidente.

Sin embargo, había otra cosa que casi le preocupaba más. No parecía lógico que un anciano, deseoso en cierto modo, de reconciliarse con unos descendientes a los que no conocía, demorase por tantos días el encuentro con sus bisnietos. No había un médico que prohibiese tales visitas; sólo un sujeto al que habían conocido por primera vez en la isla y que había declarado haberse encargado de buscar a los herederos de Orlowe.

¿Podían confiar plenamente en la palabra de Manning?

De pronto, se le ocurrió una idea. A estas horas, el acceso al dormitorio de Orlowe tenía que resultar muy fácil. Sin pensárselo dos veces, caminó hacia la puerta y la abrió.

Cerró casi en el acto, aunque dejando una rendija para poder ver mejor a la persona que cruzaba el pasillo en silencio. Lila, ataviada con una espectacular bata de encajes, envuelta en una nube de penetrante perfume, se acercaba en aquellos momentos a la habitación de Keeler. Abrió la puerta y desapareció de la vista de Emsbury.

El joven aguardó todavía unos minutos. Cuando comprobó que Lila no salía, abrió de nuevo y abandonó el dormitorio.

Al fondo, había una escalera distinta de la que conducía al ático. Sin vacilar, empezó a subir, hasta llegar a un descansillo que resultaba invisible desde el corredor.

Pero no pudo pasar adelante.

Había un hombre ante la puerta, con los brazos cruzados, tan rígido como una estatua, y los ojos muy abiertos.

Era el jardinero.

Evidentemente, pensó Emsbury, estaba allí para vigilar que nadie penetrase en las habitaciones privadas del anciano. De repente, el jardinero metió la mano bajo su camisa y sacó un cartón de regulares dimensiones.

Estupefacto, Emsbury leyó:

El joven asintió.

—Lo siento —murmuró.

De súbito, alargó la mano y asió uno de los brazos del jardinero, para apartarlo a viva fuerza. El sirviente, incomprensiblemente, permaneció en una total inmovilidad.

Emsbury tiró de nuevo. Los pies del jardinero parecían clavados en el suelo.

Empezó a sentir aprensiones. La piel del sirviente estaba horriblemente fría. Aunque ello le hizo sentir un asco infinito, hizo un tercer intento, con el mismo resultado. El jardinero, sosteniendo el rótulo con la mano izquierda, ni siquiera le miraba; sus pupilas estaban escondidas hacia arriba y su aspecto sólo se veía el blanco de los ojos, resultaba horripilante.

Retrocedió unos pasos. No era conveniente que siguiera allí por más tiempo. Trataría de volver en otra ocasión, cuando el jardinero estuviera fuera de la casa. Un «zombie», pensó, no necesitaba dormir, por eso lo empleaban como vigilante durante la noche. Pero, por el día, ¿quién vigilaba?

Tendría que averiguarlo a la mañana siguiente. En aquella isla había demasiados misterios. Un cuarto de millón era una cifra muy tentadora, pero no la aceptaría si tenía que consentir en ciertas cosas que le repugnaban absolutamente.

Emprendió el descenso de nuevo. Cuando llegaba al corredor, oyó un leve rumor de voces y se quedó quieto, tras la esquina. Asomó un poco la cabeza. Lila salía en aquel momento del dormitorio de Keeler. Parecía muy satisfecha. Canturreaba, mientras se retocaba el pelo con las manos.

Lila volvió a su dormitorio y cerró la puerta. Emsbury hizo una mueca. «¡Caramba con Keeler! En teniendo faldas, hasta un palo de escoba es bueno para él», se dijo.

Regresó a su habitación. De pronto, se abrió una puerta. Una mano asomó por el hueco.

—Entra, Stuart — llamó Myrna en voz muy baja.

Emsbury pasó al otro lado. Myrna cerró y se apoyó contra la puerta.

—Te vi marchar — dijo—. ¿Adónde ibas?

—Quería entrar en la habitación de Orlowe...

—¿Lo has visto?

—El jardinero me lo impidió.

—Pudiste haberle ordenado...

—Es inútil hablar con ese hombre. Antes de que le dijera nada, sacó un cartón, con un rótulo en el que se indica la prohibición de molestar al viejo. Entonces, traté de apartarle a viva fuerza, pero no pude.

—¿Por qué? Tú no eres un alfeñique precisamente...

—No pude, insisto. Y no quise forzar la cosa, porque estoy seguro de que

ese hombre es un «zombie». Lo agarré por un brazo, pero no se movió siquiera. Además... tiene la piel horriblemente fría, como la de un cadáver... como la de Skinner, digan lo que digan sobre su marcha.

Myrna entornó los ojos.

—Stuart, estoy pensando en forzar la situación —dijo.

—¿Cómo?

—Le obligaremos a que nos enseñe al viejo, aunque sea en un momento que esté dormido, si es que quiere evitarle emociones. Tendríamos que ponernos todos de acuerdo, previamente.

—Podemos hacerlo por la mañana, cuando nos reunamos para ver los lingotes de oro.

—Lo discutiremos entonces, Myrna.

—De acuerdo. — Emsbury sonrió —. Buenas noches, preciosa. Cierra la puerta de tu cuarto con doble vuelta de llave.

—Oh, los tiburones no llegan hasta aquí...

—Pero sí hombres con un punzón — contestó él.

Myrna hizo un gesto de aprobación. Emsbury abrió la puerta un poco, exploró el pasillo y, al verlo desierto, salió corriendo para volver a su habitación. Cuando entró, vio que había alguien esperándole.

* * *

Cresylla se puso en pie.

—Dispensa, Stuart, pero quería hablar contigo y vi que no estabas, así que decidí esperarte. ¿Te disgusta?

—Oh, no, en absoluto... Lo único que siento es no poder ofrecerte de beber... ¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Emsbury se acercó a la modelo, vestida con una bata larga, de grandes mangas, sujeta negligentemente por un cinturón. El escote llegaba hasta el talle y se advertía claramente que, bajo la prenda, Cresylla estaba desnuda.

—Está bien —dijo él—, ¿De qué se trata?

—Del retrato que me estás haciendo, Stuart.

—Creí que no habría inconvenientes, Cresylla — observó el joven, un tanto sorprendido.

—No estoy segura... Si te parece, lo dejaremos por el momento, ¿eh?

Emsbury se encogió de hombros.

—Como quieras. ¿Te ha vuelto a presionar August?

—No, pero he pensado... en mi carrera. Stuart, esta confesión mía es fugaz como una llamarada. Estaré en el candelero unos meses, con suerte, un par de años, y luego, ¡paf!, el globo explotará y yo quedaré con las manos vacías.

—Algo ahorrarás, a menos que seas una derrochadora —sonrió Emsbury.

—Sí, pero… también halaga un poco la fama...

—Si me permites un consejo, no eches de menos la fama cuando empiecen

a olvidarte. Ya sé que puede resultar difícil, pero puedes conseguirlo, a poco que te lo propongas.

Cresylla sonrió ligeramente.

—Eres un buen muchacho. Lástima que no seas también fotógrafo —dijo.

—No sirvo para eso. Me desenvuelvo mejor con los lápices. De todas formas, ¿me permites una pregunta?

—Claro, hombre.

—Me parece que estás demasiada atada a August. ¿Por qué? ¿Tiene algún ascendiente especial sobre ti?

—No...

Emsbury la miró fijamente.

—Tal vez... tuviste que ceder en determinados aspectos para llegar a este puesto —dijo.

—Con August, no. Es indiferente a las mujeres.

—Vaya, no sabía que le gustasen los hombres.

—Los hombres tampoco le gustan. No puede. Es eunuco.

El joven se quedó con la boca abierta.

—¡Atiza! —fue todo lo que supo decir.

—Me lo confesó hace algunos meses, aunque no quiso decirme la forma en que le habían despojado de su virilidad. Le vi un día particularmente desgraciado y me contó que se había encontrado con una amiga de la infancia, por la que siempre sintió un especial afecto. Esa mujer se habría casado con él y August hubiera sido el hombre más feliz del mundo. Estaba casi completamente borracho y lloraba a lágrima viva. Por eso... a veces, yo siento compasión de él y le tolero muchas cosas que no toleraría a otro hombre. Hacer de mí una estrella de la publicidad es tanto como tener la hija que nunca podrá concebir, ¿comprendes?

Emsbury sonrió.

—Sí, en sus condiciones, es digno de compasión —admitió —. Lo siento de veras; suspenderemos las sesiones de «pose» Es una lástima, habría podido resultar un retrato maravilloso. Imagínate a ti misma, en una tela, de tamaño natural.

—¿Con ropa o sin ropa? — preguntó Cresylla maliciosamente.

—Eso ya depende de ti. Pero prefiero que sea con ropa.

—¿Por qué?

—Permíteme toser un poco... ¡Ejem, ejem!

Ella se echó a reír y le puso los brazos sobre los hombros, enlazando las manos por detrás del cuello.

—Eres un hombre verdaderamente encantador — dijo.

—¿De veras lo crees así?

Cresylla asintió repetidas veces. De pronto, obedeciendo a un impulso irresistible, Emsbury buscó su boca. Cresylla devolvió el beso con volcánico ardor.

Las manos del joven soltaron el cinturón de la bata que se abrió. Luego

recorrieron aquel cuerpo maravilloso, de piel tostada, y encerraron en los huecos los senos, breves montículos de carne firme y cálida. Las manos resbalaron luego hacia la cintura y tiraron hacia sí. Mientras, la boca de Cresylla seguía pegada a la del joven.

De repente, Emsbury levantó las manos e hizo caer la bata al suelo. Cresylla sonrió, magnífica en su desnudez, orgullosa de su espléndida figura.

Pero aquella inolvidable visión duró muy poco. Cresylla pidió algo, que Emsbury aceptó de inmediato:

—Querido, apaga la luz, por favor.

* * *

Tendidos en la cama, contemplaban el techo, mientras fumaban apaciblemente un cigarrillo. Cresylla tenía la cabeza apoyada en el hombro izquierdo del joven.

—Ha sido maravilloso, pero no durará siempre

—murmuró de pronto.

—¿Por qué? ¿Acaso piensas que... el color de la piel...?

—No es eso. Yo... lo siento, pero me gusta ser independiente. No es la hora de que me ate a un hombre definitivamente. A pesar de que me disgusta la vida que llevo, reconozco que es mucho mejor que trabajar en cualquier parte por un salario ínfimo... o buscar «clientes» en las esquinas de las calles. Quisiera que me entendieses, Stuart...

—Por supuesto...

—Y a ti tampoco te convendría vivir conmigo, casados o no. Acabarías cogiendo unos celos horribles. Yo tengo que sonreír a todo el mundo, posar aquí y allá, aguantar a gentes increíbles, soportar cosas que, en ocasiones hacen vomitar... pero estoy ganando dinero para mi futura independencia. Las cosas cambiarán cuando finalice mi contrato con August.

—¿Te queda mucho tiempo?

—Casi dos años. Pero antes de que transcurra el primero, el interés que despierto ahora empezará a desvanecerse. Ya estoy resignada a ello y creo que no lo sentiré.

—Es lo que te dije antes. Además, recuerda, aquí tenemos un cuarto de millón. Es una bonita suma para montar un negocio propio. Por cierto, he estado ha blando antes con Myrna sobre este asunto.

Emsbury relató a la modelo la conversación que había sostenido con Myrna, después de su fracasada incursión al dormitorio de Orlowe. Cresylla frunció el entrecejo.

—Un «zombie» como vigilante... —murmuró—, Parece cosa de fábula.

—Es algo absolutamente real. Yo lo he visto.

Repentinamente, sonó un terrible chillido.

Fue un grito seco, de cortísima duración, como si la persona que lo hubiese proferido se hubiese dado cuenta de que le convenía el silencio. Asustada,

Cresylla intentó sentarse en la cama, pero Emsbury, rápido, apagó la luz.

—Quieta — susurró—. Pase lo que pase, no deben saber que estás aquí.

—Alguien ha podido morir...

—O tal vez esa misma persona ha sufrido una pesadilla. Espera un poco, te lo ruego.

Emsbury dejó pasar un par de minutos. Luego, sin encender la luz, abandonó la cama y fue hacia la puerta, que abrió cautelosamente.

—No hay nadie —dijo, segundos después.

Cresylla le abrazó estrechamente.

—Me siento muy asustada.

Emsbury procuró confortarla con besos y caricias, a la vez que murmuraba frases de aliento. Le agradaba sentir contra el suyo el contacto, cálido y sensual, del cuerpo de la modelo. De pronto, buscó su boca una vez más y ella correspondió apasionada, ardientemente.

CAPITULO VII

Myrna estaba muy enojada a la mañana siguiente.

—No sé cómo no oíste mi grito de terror —dijo, apenas sentados en torno a la mesa del desayuno—. Ninguno de los dos fuisteis capaces de salir a ver qué me sucedía...

—Yo escuchó el grito, pero no me pareció que fueras tú —manifestó Emsbury —. Cuando una persona chilla de ese modo, es difícil identificarla sólo por la voz.

—Yo estaba dormida. Creo que oí algo, pero no estoy segura —mintió Cresylla.

Myrna contempló sucesivamente a sus dos compañeros de mesa. En torno a los ojos del joven había unos círculos ligeramente más oscuros que el resto de la epidermis. Presintió que le mentían, pero si lo hacían por algo que les interesaba mantener oculto, no podía ser de importancia.

—Muy bien... —dijo el joven—. Gritaste, sí. Pero ¿por qué?

—Stuart, tú dijiste que habías querido pasar a la habitación del viejo y que el «zombie» te lo había impedido.

—Así es.

—Después de que me lo contaste, me volví a la cama, pero no hacía más que dar vueltas, pensando en el jardinero. Aunque sea un «zombie», no deja de ser, mirándolo de otra forma, un objeto que se puede desplazar de un buen empellón.

—A mí no se me ocurrió. No quería organizar un escándalo — manifestó Emsbury.

—En cambio, a mí, si — declaró Myrna —. Al cabo de un buen rato, desvelada, decidí que debía comprobar personalmente si se podía o no remover al jardinero. Salí de mi habitación, subí al piso superior, me enseñó el cartón con la prohibición... y cuando iba a empujarle, me di cuenta de que no podía hacerlo.

—¿Por qué? — preguntó Cresylla, muy intrigada.

Myrna estaba muy ocupada, untando de mantequilla una rebanada de pan tostado. Demoró un poco la respuesta, gozándose deliberadamente en la impaciencia de sus interlocutores.

—Tiene los pies atornillados al suelo —dijo, a la vez que arreaba un mordisco a la tostada.

Emsbury saltó en su asiento.

—¡Eso no puede ser!

Myrna se frotó con el pulgar los restantes dedos de la mano izquierda.

—Me agaché y toqué los tornillos. Son gruesos, lo menos de un centímetro, con cabezal hexagonal, y arandela para mejor sujeción.

—Es demasiado horrible... — dijo Cresylla.

—No me invento nada en absoluto. Lo juro por lo más sagrado — exclamó

Myrna, muy seria.

August llegó en aquel momento.

—¡Buenos días a todos! — saludó afablemente—. Cresylla, estás preciosa. Myrna, tú también... Quizá te gustaría que tomase unas cuantas placas, para estudiar tu aspecto como futura modelo de mi «cuadra»...

Myrna le sacó la lengua.

—No me gusta la profesión, aunque respeto a quienes la ejercen y comprendo su utilidad; pero menos todavía me gustaría pertenecer a su «cuadra» en calidad de yegua. Como... semental, es usted detestable.

Cresylla se llevó una mano a la boca. August se había puesto lívido. La expresión de su rostro había cambiado radicalmente en un segundo.

Emsbury apretó los labios. De repente, August arrojó la servilleta violentamente sobre la mesa y se puso en pie, marchándose sin pronunciar una sola palabra.

Myrna se sentía desconcertada.

—Presumo que he dicho algo inconveniente, aunque debéis admitir que tampoco él se ha portado como un caballero, al pretenderme hacer formar parte de su «cuadra». Pero ¿qué demonios os pasa? ¿Por qué tenéis esas caras?

Emsbury tenía los ojos fijos en Cresylla.

—¿Se lo digo? — consultó.

La modelo asintió. Emsbury se volvió hacia la chica.

—Le has dicho a August lo que más podía dolerle. Es eunuco.

Myrna se desplomó en su asiento.

—Dios mío, no — gimió.

—Lo siento, pero es así — confirmó Cresylla, muy seria.

—¡Qué estúpida, qué imprudente he sido! —Se apostrofó Myrna—. La verdad, August me ha sido antipático desde el primer día, pero ni en sueños me hubiese gustado herirle de tal forma. ¿Cómo lo sabes tú, Stuart?

—Se lo dije yo —intervino la modelo—. August me lo confesó hace meses, aunque no quiso decir la forma en que lo castraron.

—Horrible, horrible —dijo Myrna. Se puso en pie bruscamente —. Ahora mismo iré a verle y me disculparé...

Emsbury la agarró por un brazo y la obligó a sentarse de nuevo.

—No le digas nada. El cree que su secreto es conocido solamente por Cresylla. Podrías empeorar aún la cosa, ¿comprendes?

Myrna asintió. Había lágrimas en sus ojos.

—Además, tenemos que hacer otra cosa —añadió el joven—. Dispensadme unos minutos.

Los restantes huéspedes desayunaban también al aire libre. Emsbury recorrió las distintas mesas y regresó poco después a la suya.

—Están de acuerdo. Vamos a obligar a Manning a que nos permita visitar a Orlowe.

—A fin de cuentas, tenemos ciertos derechos —dijo Myrna—. ¿No somos

sus parientes?

—Miradlo, ahí viene —indicó Cresylla repentinamente.

Con su sempiterno cigarro entre los dientes de caballo, en mangas de camisa, sonriente, Manning avanzaba desde la casa. Peius había quedado en la entrada, firme, hierático.

—Señoras, caballeros —dijo el detective—, ha llegado la hora de que vean los lingotes de oro y se convenzan de que no se trata de una fábula.

Emsbury se puso en pie.

—Gillie, también queremos ver al viejo —manifestó en voz alta.

Manning le miró fijamente durante un segundo.

—Haré lo que pueda.

—Hará lo que le digamos nosotros —cortó el joven con firmeza—. Usted no es pariente y nosotros sí.

—¿Quién le ha dicho que no desciendo de Orlowe?

—Usted mismo. Sólo declaró ser heredero, pero no descendiente..

—Me entendió mal, Emsbury. Soy heredero por ser, precisamente, bisnieto de Orlowe, como usted y todos los que están aquí presentes.

—De acuerdo — intervino Myrna—. También es «primo» nuestro, pero eso no le confiere un derecho especial para prohibirnos hacer algo que hemos acordado por unanimidad.

—Lo cual nos da la mayoría absoluta, en el supuesto de que usted vote en contra — dijo Cresylla.

—Hombre, en realidad, a mí, ver al viejo me deja fría —exclamó Lila—. Dije que sí por solidaridad, pero contemplar a una momia viviente no es cosa que me haga especialmente feliz. Gillie, prefiero ver el oro.

De nuevo surgían las disensiones, reconoció Emsbury desanimado. Ni Keeler, ni Medora ni Prowels hacían nada por apoyar sus peticiones.

Manning sonrió burlonamente, a la vez que extendía la mano izquierda.

—Por aquí, señoras, caballeros —indicó—. Tengan la bondad de seguirme.

Una silenciosa procesión de hombres y mujeres se puso en marcha detrás del hombre que, pensó Emsbury amargamente, parecía un pastor guiando a su rebaño de borregos.

«Borregos, eso es lo que somos», se dijo, disgustado consigo mismo.

* * *

Los diez lingotes de oro estaban perfectamente alineados sobre un sólido estante, apuntalado adecuadamente, en la biblioteca. Al menos en aquel aspecto, Manning no les había engañado, pensó Emsbury.

Pero, de repente, se le ocurrió una idea.

—Gillie.

Manning se volvió hacia él.

—Dígame, Stuart —respondió cortésmente.

—¿Le importaría que hiciese una prueba? —solicitó el joven.

—¿Qué clase de prueba?

—Peso y medida. Conociendo las dimensiones y el peso de un lingote, y sabiendo cuál es la densidad del oro, se puede saber perfectamente si esos lingotes son auténticos o se trata de falsificaciones.

Lila adelantó un par de pasos.

—Gillie, otra consulta. A mí no me importa no ver al viejo. Lo que quiero es saber si puedo llevarme mi lingote... cuanto antes.

Lila remarcó deliberadamente las dos últimas palabras. Manning hizo una cortés inclinación de cabeza.

—Cuanto antes... dudo mucho de que sea hoy mismo.

—¿Por qué?

—El motor de la lancha no va muy fino y Peius lo está repasando.

—Hay remos...

—La embarcación es muy pesada. Por otra parte, no aconsejaría la travesía; el barómetro da señales de iniciar un fuerte descenso.

Lila hizo una mueca, pero no dijo nada, lo que aprovechó Emsbury para dar un paso hacia adelante.

—Hemos hablado antes de pesar y medir estos lingotes. ¿Cuándo realizaremos la operación?

—Un momento —intervino Prowels—. Permítanme...

Se acercó a la estantería y sacó un cortaplumas, con el que rascó un poco de la superficie dorada de uno de los lingotes. Luego presionó con la hoja al fondo, como si fuese a cortar. Finalmente, se retiró de nuevo, con aire satisfecho.

—Es oro —dijo.

—Puede tratarse de una capa que cubra otro metal mucho menos valioso —apuntó Medora, escéptica.

—No —respondió Prowels—. Entiendo algo de metales. He profundizado casi tres milímetros en el lingote. Una capa de tal grosor, resultaría antieconómica, en el supuesto de que se tratase de estafar a alguien. Sobre todo, cuando en el caso presente, ninguno de nosotros vamos a entregar ningún dinero a cambio de los lingotes.

—Razón de más — objetó Keeler—, El estafador emplearía, a lo sumo, dos o tres kilos de oro y ganaría trescientos cincuenta.

—Insisto en que es oro — declaró Prowels enfáticamente.

—No hay nada mejor que el procedimiento del peso y la medida. Es lo único que no puede fallar — insistió Emsbury.

—Mucho me temo que en la isla no haya báscula para un peso semejante —dijo Manning—, Cinta métrica, sí, por alguna parte...

Emsbury hizo un gesto de desagrado. Cada vez le gustaba menos aquel hombre. Un oscuro instinto, sin embargo, le hizo comprender la necesidad de mostrarse discreto, sobre todo, cuando se daba cuenta de que no recibía todos los apoyos deseables.

—Está bien —dijo de mala gana—, confiamos en su palabra.

—Les aseguro que verán al señor Orlowe, apenas se encuentre en condiciones de recibirles. Tiene un interés muy personal en dirigirles un pequeño discurso de disculpas. Sean pacientes, se lo ruego —pidió Manning con afable sonrisa.

—Bueno, aquí no se está tan mal del todo —exclamó Medora—. Rod, ¿vamos a la piscina?

—Sí, preciosa.

La reunión se disolvió en contados segundos. Emsbury salió al exterior, acompañado de Cresylla y Myrna.

—Me gustaría conocer un poco mejor a Manning —dijo el joven—. Tengo la impresión de que es un tipo astuto, que trata de engañarnos.

—¿Para quedarse con todos los lingotes?—sugirió Myrna.

—¿Por qué no? Son trescientos cincuenta kilos de oro largos, lo que representa dos millones y medio de dólares.

—Una suma muy tentadora —murmuró Cresylla pensativamente.

De pronto, vieron al jardinero que cruzaba a poca distancia, llevando en las manos unas podaderas y una pequeña pala. El sirviente caminaba con paso absolutamente regular, el rostro inexpresivo y los pies descalzos.

Emsbury se apartó un poco de las dos jóvenes. Regresó muy pronto.

—Myrna, ¿estás segura de que el jardinero tenía los pies atornillados al suelo? — preguntó.

La chica alzó su mano.

—Estoy dispuesta a jurarlo sobre la Biblia —contestó solemnemente.

—¿Qué pasa, Stuart? — preguntó Cresylla.

—No hay señales de cicatrices en los pies del jardinero —dijo el joven.

Sobrevino un momento de silencio. De pronto, Myrna exclamó:

—Hay un modo muy fácil de comprobarlo.

—¿Cómo? — quiso saber Cresylla.

—En el suelo, delante de la puerta, tienen que estar los huecos para los tornillos.

—No —contradijo Emsbury—. Lo haremos a la noche, cuando todo el mundo esté durmiendo. Ahora hay demasiada gente que va de un lado para otro, Manning está dentro de la casa...

—Sí, tienes razón—convino Myrna—. Pero se me está ocurriendo una idea. Es respecto al hecho de que Orlowe tarde tanto en llamarnos.

—A ver, habla — pidió Cresylla.

—Orlowe ha sido asesinado. Por eso no podemos verle —declaró la muchacha rotundamente.

CAPITULO VIII

La jornada transcurrió lenta, monótona, agobiante. A mediodía, Emsbury vio casualmente a Keeler, conversando con Manning, en uno de los lados de la explanada. Manning tenía las facciones tensas. Por el contrario, Keeler sonreía con cierto aire de superioridad, como si disfrutase diciendo algo que fastidiaba mucho a su interlocutor.

Más tarde, Emsbury se encontró con Peius.

—¿Cómo va el motor de la barca? — preguntó.

Peius hizo un gesto de pesimismo.

—No muy bien, señor — respondió.

—Parece viejo, ¿no?

—Un poco, aunque hasta ahora, siempre había funcionado satisfactoriamente, señor.

—Si no pudiera ponerlo en marcha, ¿qué hará? ¿Utilizar los remos?

—Tengo guardado un mástil y una vela. Tendría que aparejar la lancha, señor.

—Usted es un hábil mecánico. Arreglará el motor —dijo Emsbury sonriendo.

—Eso espero, señor. Gracias, señor.

La cena transcurrió con normalidad, servida por dos doncellas, silenciosas y eficientes. August estaba muy serio y no despegó los labios un solo segundo. Al terminar, sin haber pronunciado una sola palabra, se retiró a su habitación.

Los demás tomaron el café y los licores en el salón. La desbandada se inició después de un rato de charla.

Myrna buscó ocasión para quedarse a solas unos momentos con el joven

—Stuart.

—Dime, querida.

—Es... bueno, tal vez me tomes por una chismosa... pero es algo referente al grito que proferí anoche. Me extraña que no acudieras en el acto.

—¿Acudió alguien más?

—No, eso es cierto. Pero tú... —Myrna le miró penetrantemente—. Estabas con Cresylla, ¿no es cierto?

—Suponiendo que fuese verdad, ¿qué pasaría?

—Simplemente, me sentiría muy desilusionada.

—Oh, claro, ella es una mujer de color...

—No me entiendes, Stuart. No soy racista en absoluto. Pero me pareció que tú ¡Y ella también, qué diablos!

—Myrna, olvidas una cosa fundamental. Cresylla es una mujer muy hermosa, terriblemente atractiva.

—Y tú no estás nada mal—contestó ella maliciosamente.

—Si deseas comprobarlo...

Myrna se sofocó.
—¡Grosero! ¿Por quién me has tomado?
—Te he dado la respuesta que mereces, eso es todo —dijo él secamente. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta del salón, dejando a Myrna a sus espaldas, frustrada y enojada consigo misma.
Al cabo de unos momentos, Myrna fue también a su habitación. Sentíase insomne y decidió leer un rato, echada en la cama.
Pasaron algunos minutos. De pronto, creyó oír un ruido extraño que procedía de las profundidades de la casa.
El silencio era absoluto. Myrna se incorporó ligeramente.
El ruido se repitió. Era un sonido muy tenue, pero con alternativas rítmicas. Sin embargo, no sonaba directamente bajo el suelo del dormitorio.
Intrigada, se puso en pie y fue hacia el cuarto de baño. Allí parecía percibirse con mayor intensidad.
Meneó la cabeza: quizá Peius estaba reparando alguna cañería.
Al cabo de unos momentos, cesó el ruido y, aunque preocupada, se volvió a la cama. Poco después, empezó a notar que la vencía el sueño y apagó la luz.

* * *

En la casa, debían de estar todos durmiendo ya, calculó Emsbury. Abrió la puerta y exploró el pasillo. Estaba desierto.
Pisando de puntillas, abandonó su dormitorio. Llegó al arranque de la escalera y empezó a subir. Dobló el primer recodo y, desde allí, divisó al jardinero inmóvil en su puesto, como la noche anterior.
Peldaño a peldaño, completó la ascensión. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Myrna no había visto visiones. El hombre tenía los pies atornillados al suelo.
Se preguntó cómo era posible que no quedaran señales en la carne, de unos tornillos de un centímetro de diámetro. Aunque el jardinero no sintiese nada, por su peculiar estado, los huecos deberían haber quedado, al menos, pensó.
Como en la ocasión anterior, el jardinero sacó el cartel y se lo enseñó.
—Sí, ya lo sé; prohibidas las visitas — murmuró.
De repente, se le ocurrió una idea. Arrodillándose, paseó las yemas de los dedos por la cabeza de uno de los tornillos. Permaneció unos momentos indeciso y luego, de súbito, asiendo el metal con dos dedos', dio un seco tirón hacia arriba. La cabeza del tornillo salió sin dificultad, pero era sólo eso: la cabeza, con la arandela pegada.
Ambos elementos estaban adheridos a la piel del empeine, con alguna sustancia gomosa, que les mantenía en la misma posición, hasta la mañana siguiente. En su interior, admiró la astucia del autor de aquella idea, con la que pretendía aumentar la sensación de misterio que flotaba casi de continuo en el ambiente.

Ensimismado en sus reflexiones y todavía arrodillado, no se había dado cuenta de que el «zombie» había guardado el cartel. Ahora tenía otra cosa en la mano: un afilado puñal, que se iba levantando poco a poco, a fin de tomar un impulso mayor en el momento de descargar el golpe.

De repente, Emsbury oyó una voz a sus espaldas:

—Atrás, atrás, Stuart...

El joven obedeció por puro instinto. Una fracción de segundo después, vio, aterrado, el puñal que descendía con violencia, hacia el lugar que había ocupado su cuello hasta aquel instante.

—Dios, ha estado a punto de matarme.

Con lentos movimientos, el «zombie» volvió a guardar el puñal en el seno. Emsbury saltó hacia adelante y puso la cabeza de la tuerca en el sitio del que la había despegado. Luego se volvió hacia Cresylla.

—Me has salvado la vida —dijo—. Nunca lo olvidaré.

Ella le tendió una mano.

—Será mejor que nos marchemos, Stuart.

—Sí.

Descendieron al corredor. Cresylla se detuvo un instante.

—¿Es cierto que tiene los pies atornillados al suelo?

—No. Se trata sólo de un truco. — Emsbury se lo explicó —. Pero una cosa es cierta; aunque no sea verdad, no pude moverlo de su sitio.

Cresylla hizo un gesto con la cabeza.

—No acabo de comprender como un hombre de la clase de Orlowe, un negociante, habituado a tratar sólo con cosas tangibles y reales, pueda tener a su servicio seres que no están vivos ni muertos.

—Cresylla, a los noventa y ocho años, por mucha lucidez que se tenga, las facultades mentales de una persona han sufrido ya notables alteraciones — dijo el joven sentenciosamente—. Puede ser lúcido en algunas cosas, pero incongruente y hasta irresponsable en otras.

—Esto es algo que no sabremos definitivamente, hasta que lo hayamos visto y podamos hablar con él, sin trabas, con absoluta libertad

—Sí, pero ¿cuándo?

—Los otros no parecen muy interesados en verle y nosotros solos no podemos forzar a Manning.

Emsbury emitió una sonrisita de circunstancias.

—Lo mejor será que nos volvamos a la cama, Cresylla —propuso.

De repente, se oyeron unos ruidos extraños que parecían proceder del piso superior.

Cresylla se alarmó.

—¿Qué es eso?

Emsbury echó a andar.

—Vamos a verlo.

Ella le siguió sin vacilar. Los sonidos llegaban de las habitaciones del ático. Emsbury emprendió la ascensión y divisó una puerta entreabierta, por la

que salía un poco de luz.

Alguien hablaba incoherentemente, como si estuviese bajo el influjo de un ataque de demencia. La mano de Cresylla se crispó súbitamente sobre el brazo del joven.

—Es August —susurro.

Emsbury frunció el ceño. ¿Qué le pasaba a aquel chiflado?

En dos zancadas, llegó a la puerta y la abrió de golpe. Entonces, presenció un espectáculo indescriptible.

Completamente desnudo, el fotógrafo yacía encima de una de las doncellas, también desnuda, sobre la que se agitaba con epilépticas convulsiones, a la vez que profería palabras de una obscenidad indescriptibles. Cresylla vio la escena y no pudo contener un grito de asco.

—¡August! — exclamó el joven.

El fotógrafo se inmovilizó un instante. Luego, tornando a la realidad, pero aún con los ojos extraviados, se puso en pie.

—Será mejor que vuelva a su habitación —dijo Emsbury secamente.

Cresylla, por su parte, se sentía abrumada por la vergüenza.

—Eres odioso, repugnante —apostrofó al sujeto.

De pronto, Emsbury reparó en un detalle.

—Vaya, no es un eunuco —exclamó.

—Nunca lo he sido —contestó August malhumoradamente—, ¿Quién diablos os llamó...?

—Hacía demasiado ruido — contestó el joven.

Entonces, observó que la doncella permanecía absolutamente inmóvil, con los ojos cerrados. En la cama contigua, había otra sirvienta, en las mismas condiciones.

—Las ha drogado, August.

—No diga estupideces. Son unas «zombies».

—Eso es aún más asqueroso...

August se encogió de hombros.

—Piense lo que quiera, pero creo que hoy, por primera vez en muchos años, he podido darme cuenta de que no soy lo que creía ser.

—A mí me engañaste... —se dolió Cresylla.

—No me comprenderías —respondió el fotógrafo. Dio unos pasos y se detuvo frente a Emsbury—, Es muy difícil comprender a un hombre en mis circunstancias —añadió.

—A pesar de todo...

—Cada uno, soluciona sus problemas como mejor sabe o puede —dijo August cínicamente.

—Diré a Peius que cierre las puertas de los dormitorios de la servidumbre con llave —manifestó Emsbury.

—Lo que has hecho es una violación —acusó Cresylla.

—Bah, ni siquiera se ha enterado —contestó el fotógrafo con toda tranquilidad.

Emsbury se acercó a la cama y cubrió con una sábana el desnudo cuerpo de la doncella. Rozó su hombro izquierdo; estaba frió.

Meneó la cabeza.

—Vámonos —dijo.

Emprendieron el regreso. Antes de despedirse, Emsbury se volvió hacia la modelo.

—Entonces, no estaba castrado —dijo.

—Quizá sólo padecía un problema de impotencia, de índole psíquica, por supuesto. Pero le pareció que quedaría mejor diciendo que era un eunuco, en lugar de un impotente.

—Aunque sea repugnante lo que ha hecho, no se lo reproches excesivamente —aconsejó Emsbury—, August quería convencerse a sí mismo de que era un hombre como los demás.

—Es posible, pero…

—Su problema, quizá, estriba en que una mujer plenamente consciente, aunque acceda a sus deseos, siempre le parecerá un rival, un adversario al que no puede vencer, aunque se le entregue. La doncella, en cambio, con su pasividad, ha sido para él un sujeto ideal, que le ha permitido satisfacer sus deseos de ser hombre.

—A pesar de todo, ha sido repugnante. Creo que no podré olvidarlo jamás.

Emsbury sonrió.

—Te quedan dos años de contrato. Cuando termines, déjalo y procura olvidarlo —aconsejó.

—Sí, será lo mejor —suspiró ella—. ¡Buenas noches, Stuart!

—Buenas noches, Cresylla.

Emsbury regresó a su habitación. Sentíase desvelado. La escena que había podido contemplar no había resultado particularmente agradable. Encendió un cigarrillo. Era un hombre completamente normal y le costaba mucho entender lo que pasaba por mentes torturadas por graves problemas psíquicos.

Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. La luna brillaba con todo su esplendor. El mar, contra lo que había anunciado Manning, no mostraba señales inminentes de una alteración tormentosa. Parecía un espejo.

Los reflejos de la luna chispeaban en una ancha extensión. Casi se podía ver como si fuese de día.

De pronto, algo quebró el reflejo de la luna en el mar. Asombrado, Emsbury vio una sombra negra aparecer en la zona más brillantemente iluminada.

En prevención de poder contemplar paisajes atractivos, había llevado en su equipaje unos prismáticos. Después de sacarlos de su funda, los enfocó hacia la sombra negra que se movía muy lentamente en el mar.

Era una barca, propulsada por dos remos. Atónito,

Emsbury creyó reconocer a los ocupantes de la embarcación.

Los remos se paralizaron en aquel instante. Dos hombres se irguieron en la lancha.

Un momento después, vio que levantaban algo. Era el cuerpo de otro hombre, quien, después de unos balanceos, fue arrojado al mar, en donde se hundió, con un chapoteo de espumas que pareció una explosión de gotas de plata pura.

Emsbury sintió frío y se retiró precipitadamente de la ventana. En aquel instante, adquirió la convicción de que había sido testigo del momento culminante de un crimen: el lanzamiento del cadáver de la víctima al mar, que lo haría desaparecer para siempre.

Un poco más allá, divisó la aleta triangular de un escualo, que se acercaba al sitio donde había sido arrojado el cuerpo del muerto. El tiburón acudía en busca de comida.

CAPITULO IX

Medora Worghis desayunaba sola en su mesa, contrariamente a lo que había sucedido en las mañanas anteriores. Prowels y Lila ocupaban otra mesa. Emsbury estaba con Myrna y Cresylla.

Las doncellas servían eficaz y silenciosamente. Peius vigilaba desde la puerta.

Emsbury procuró fijarse en el rostro de las sirvientas, pero no lograba identificarla.

—¿Cuál de ellas fue, Cresylla? —preguntó de repente.

—No está aquí. Debe de hallarse en la cocina, ayudando a la cocinera.

—¿A quién te refieres, Stuart? —preguntó Myrna, curiosa.

—No es nada de importancia.

—Cuéntaselo —indicó la modelo—. Tiene que saberlo, aunque le resulte duro y hasta repugnante.

—No entiendo nada —declaró la chica—. ¿Qué secretos os guardáis vosotros, eh?

—Resulta que August no es eunuco, sino sólo impotente —dijo Emsbury.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vimos anoche, Cresylla y yo.

Myrna abrió mucho los ojos.

—¿Lo espiabas?

—Es difícil de relatar... pero hizo ruido, y nos acercamos a ver qué pasaba. Entonces, fue cuando le vimos con una de las doncellas.

—Vaya con el eunuco —dijo Myrna burlonamente—. Eso significa que estabais despiertos, chicos.

—Pues... sí, pero no por los motivos que te imaginas tan malintencionadamente —contestó Emsbury.

—Stuart fue a comprobar lo de los tornillos en los pies del «zombie» —dijo Cresylla.

—Sólo son dos cabezas de tornillo, adheridas al empeine de los pies.

—¡Caramba, vaya truco! — exclamó la muchacha.

—Pero estoy vivo gracias a Cresylla —añadió Emsbury—. Ella me avisó cuando el «zombie» quería matarme con un cuchillo.

Myrna se estremeció.

—Este lugar me gusta cada día menos —murmuró, muy aprensiva—. Anoche oí unos ruidos muy raros...

Medora se acercó de pronto a la mesa.

—¿Habéis visto a Rod? —preguntó—. Tarda demasiado y no suele ser su costumbre retrasarse tanto

—La señora pregunta sin duda por el señor Keeler —dijo Peius súbitamente.

Medora se volvió.

—Sí, en efecto — admitió.

—Siento mucho anunciar a la señora, que el señor Keeler abandonó anoche la isla. Dijo que tenía unos asuntos muy urgentes que resolver y me pidió que lo llevase a la costa.

—Eso significa que ha arreglado el motor de la barca —dijo Emsbury.

—En efecto, señor; pero su funcionamiento es aún muy deficiente. Al regreso, se me paró de nuevo y tuve que cubrir tres millas a remo — declaró Peius.

—Rod, marcharse sin mí... —dijo Medora, furiosa—. No se lo perdonaré jamás, jamás...

Giró sobre sus talones y se alejó con paso rápido. Peius hizo una cortés reverencia y se marchó también.

—No lo entiendo —murmuró Myrna—. Marcharse así, sin despedirse de nadie...

—Las víctimas de un crimen tienen la mala costumbre de marcharse sin despedirse de las amistades —declaró Emsbury a media voz.

Myrna se puso rígida. Cresylla le miró con gran interés.

—Tú sabes algo —dijo la primera.

—Lo han asesinado —musitó la modelo.

—Anoche vi a dos hombres, en la barca, a unos trescientos metros de la orilla. Arrojaron al agua el cuerpo de otro hombre. Era, supongo, el de Keeler.

* * *

Emsbury tomó otro sorbo de café y añadió:

—Pero, por lo que más queráis, no dejéis traslucir lo que acabo de deciros. Es preciso que nos comportemos en todo momento con absoluta normalidad. Desconocemos los motivos por los cuales fue asesinado Keeler, si es que realmente ha muerto. Pero no podemos dejar de tener en cuenta que ya se han producido tres bajas entre los herederos.

Myrna sintió un escalofrío.

—¿Querrán matarnos a todos para quedarse con el oro?

—Eso no tendría sentido. Con no habernos avisado, estaríamos lo mismo — dijo Cresylla,

—Eso es muy cierto. Si se hubieran callado, podrían haberse quedado con el oro y no necesitarían ir matando a la gente uno por uno. Debe de existir algún poderoso motivo por el cual Manning se vio obligado a citarnos en la isla — manifestó Emsbury.

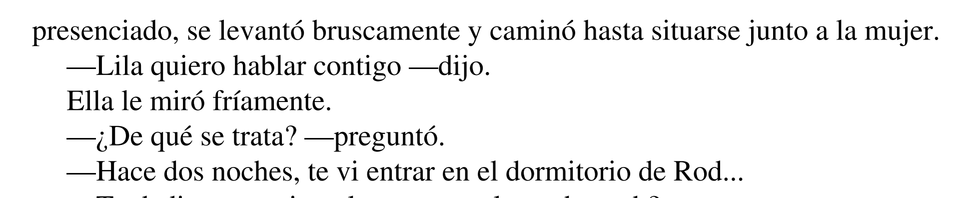
—De modo que consideras culpable a Manning — dijo Myrna.

—Sí, sin duda alguna.

—Y Peius es su cómplice.

—Seguro.

De pronto, Emsbury se fijó en Lila Frobish, que se había quedado sola en su mesa y fumaba nerviosamente. Recordando un incidente que había



presenciado, se levantó bruscamente y caminó hasta situarse junto a la mujer.

—Lila quiero hablar contigo —dijo.

Ella le miró fríamente.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Hace dos noches, te vi entrar en el dormitorio de Rod...

—Te dedicas a espiar a la gente por la noche, ¿eh?

—Fue algo casual, créeme. Te agradeceré me digas...

Lila se puso en pie.

—No tengo nada que decirte — se despidió hoscamente.

Emsbury permaneció un momento en el mismo sitio. Luego regresó a su mesa.

—Sabe algo —dijo.

—Entonces, ¿por qué no habla?

El joven se puso un cigarrillo en los labios.

—Tiene miedo —contestó.

—A veces —dijo Myrna—, es preferible permanecer en la ignorancia. Yo me había hecho muchas ilusiones cuando recibí la carta y no digamos al ver el oro, pero ahora empiezo a pensar que me gustaría muchísimo estar a mil millas de la isla, aunque fuese de nuevo en la pobreza.

Cresylla levantó la mano

—A mí se me está ocurriendo una idea —dijo.

—¿Sí?

—No podemos ver a Orlowe, porque lo prohíbe Manning, y tampoco estamos en situación de forzar la cosa. Ni nos conviene, por supuesto.

—Eso ya lo sabemos — exclamó Myrna.

—Pero si no podemos ver al viejo, es porque está secuestrado.

Emsbury se quedó sin aliento un instante.

—Oye, puede que tengas razón —dijo, tras una breve pausa reflexiva.

—Sí, pero, en tal caso, ¿dónde puede estar? —preguntó Cresylla.

—Podríamos intentar un golpe de mano y apoderarnos de la motora — sugirió Myrna—. De este modo, llegaríamos a la costa y avisaríamos a las autoridades...

—Aunque tuviera éxito, estoy seguro de que no podríamos poner en marcha la embarcación —dijo Emsbury—. No son tontos y les basta esconder una par de bujías del motor, para dejarlo tan inútil como un coche sin ruedas.

Desanimada, Myrna exclamó:

—Entonces, ¿hemos de permanecer quietos y resignados, esperando el momento que nos toque el turno de ir al matadero?

—Espera un momento. Cresylla ha sugerido la posibilidad de que esté secuestrado. Eso significa que se halla escondido en alguna parte de la casa.

—Podríamos buscar —apuntó Myrna.

—En todo caso, sin prisas y con la máxima discreción.

—Aguarda un momento, Stuart —dijo la chica—. Esos ruidos que escuché anoche... podrían ser del viejo, que pide auxilio...

—¿Dónde los oíste? — preguntó Emsbury.

—En mi habitación. Bueno, en el baño sonaban con más fuerza, pero muy tenues. A veces, incluso, dudaba de mis sentidos.

Emsbury meditó unos instantes. Luego dijo:

—Vamos a actuar con normalidad. Ahora iremos a cambiarnos de ropa, para nadar un poco en la piscina. A mediodía, cuando vayamos a vestirnos para el almuerzo, nos reuniremos discretamente en la habitación de Myrna. Entonces comprobaremos esos ruidos. ¿Os parece bien?

Hubo dos respuestas afirmativas. Una doncella se acercó para retirar el servicio, silenciosa e impasible. Emsbury se preguntó si habría algún pensamiento en el cerebro de aquella hermosa mujer de color. ¿Se daría cuenta de su situación o era sólo un cuerpo vacío y sin alma?

* * *

—Cresylla, tú a la ventana —dijo Emsbury tres horas después—. Myrna, vigila desde la puerta.

Las dos jóvenes ejecutaron la orden sin rechistar. Emsbury se acercó al lavabo y escuchó unos momentos.

No se percibía el menor sonido, pero no por ello se desanimó. Había llevado consigo un guijarro y golpeó suave y repetidamente la cañería. Después aplicó el oído.

Alguien, abajo, contestó con unos golpes similares. El sonido llegaba muy amortiguado, pero claramente perceptible.

Emsbury repitió los golpes de nuevo. No sabía Morse, pero, al menos, quería llevar al ánimo de la persona que se hallaba en las profundidades del edificio el convencimiento de que había alguien que había escuchado sus señales.

Al terminar, los golpes se repitieron. Tres cortos, tres largos, tres cortos... A pesar de su ignorancia en el alfabeto Morse, Emsbury, como dibujante de historias de aventuras, conocía la llamada S.O.S. En la biblioteca, se dijo, debía de haber alguna enciclopedia. Copiaría el alfabeto Morse y...

—Listo —dijo de pronto.

Myrna y Cresylla se reunieron con él.

—Alguien está encerrado. Ha pedido socorro —declaró el joven.

—Entonces, no cabe la menor duda; Orlowe está secuestrado —dijo Myrna—. Y, seguramente, en el sótano, cuya entrada desconocemos.

—Quizá esté oculta por algún mueble. No conocíamos la casa — respondió Emsbury —: Por tanto, cualquier alteración en la disposición del mobiliario, nos ha pasado desapercibida. Pero, por ahora, ya hemos averiguado bastante. Separémonos con discreción. Después del almuerzo, veremos qué se hace.

La sugerencia fue aceptada sin discusión. Emsbury, sin embargo, seguía preocupado. ¿Por qué razón había de tener Manning secuestrado a Orlowe?

Había una muy poderosa: un botín de dos millones y medio en oro. Pero ¿pensaba asesinar a todos los herederos?

Si abrigaba estos propósitos, la cosa era muy sencilla: veneno en la sopa. Sin embargo, hasta el momento, sólo habían muerto tres. ¿Por qué respetaba a los demás?

CAPITULO X

Pasadas las cuatro de la tarde, Emsbury se reunió otra vez con las muchachas.

—He encontrado en la biblioteca el alfabeto Morse. Trataré de comunicarme con el viejo —manifestó.

—Y yo, me parece, he encontrado la entrada del sótano —dijo Myrna.

Emsbury arqueó las cejas.

—¿Seguro?

Estaban en el vestíbulo. Myrna señaló hacia una gran estantería de madera que se hallaba adosada a una de las paredes. Había algunos objetos de adorno y también unos cuantos libros. A la derecha, según la posición en que se encontraban, se divisaba un sector del empapelado algo más claro que el resto.

—Corrieron la estantería y taparon la puerta —añadió la chica.

—Pero tienen que alimentarlo — intervino Cresylla.

—Usarán alguna trampilla situada en un sitio que nos es desconocido —supuso Emsbury—, De todos modos, la estantería es demasiado pesada, para moverla sin llamar la atención. Lo primero que debemos hacer es comunicar al viejo que sabemos está secuestrado y que lo rescataremos en cuanto nos sea posible. No debe de encontrarse tan mal, cuando tiene fuerzas para hacer señales en Morse.

Miró su reloj.

—Ahora, cada uno a su habitación —añadió—. Nos reuniremos sucesivamente por intervalos de quince minutos. Cresylla, tú irás primero. Si alguien os sorprendiese, estaréis charlando como buenas amigas. ¿En tendido?

No hubo objeciones. Emsbury fue a su habitación. Cuando iba a entrar, Prowels fue a su encuentro.

—Quiero, hablar contigo, Stuart — manifestó.

—Desde luego. Entra, por favor.

Emsbury hizo pasar antes a Prowels. Luego entró a su vez y cerró la puerta.

—¿Y bien, Hal?

—Hay algo que debo decirte sin más dilación. Manning es un asesino. Piensa matarnos a todos, para quedarse con el oro.

—¿Cómo lo sabes? — preguntó el joven, sin mostrar demasiada sorpresa.

—Simms no cayó al agua por accidente. Estaba al borde del acantilado, por supuesto, pero alguien lo empujó. Tuvo que ser Manning. ¿Sabes?, estuve allí por la mañana y me tumbé en el suelo, para mirar con seguridad hacia abajo. A un metro del borde, hay una cueva. Manning tuvo que esconderse allí, esperando a que Simms se acercase al promontorio. Cuando lo supo sobre su cabeza, salió, estiró los brazos y le hizo perder el equilibrio. Luego

volvió a esconderse en la cueva.

Prowels sacó algo envuelto en un papel.

—Lo he encontrado en la cueva. Es uno de esos apestosos cigarros que Manning fuma constantemente.

Emsbury entornó los ojos. La muerte de Simms quedaba así suficientemente justificada. Pero ¿cuáles eran los motivos?

Agarró el brazo de Prowels.

—Hay, no digas nada ni lo comentes con nadie — recomendó enérgicamente.

—Pero ese hombre piensa matarnos a todos...

—Si pensara hacerlo, ya estaríamos todos muertos. ¿No te das cuenta de lo fácil que es echar veneno en la sopa?

—Eso sí es cierto — convino Prowels.

—Los otros, incluido Skinner, que no se marchó, como tampoco se marchó Keeler, murieron por causas que tienen mucho que ver con el botín, aunque, en cierto modo, son diferentes. No digas nada, Hal; guarda silencio.

—De acuerdo, Stuart. Ah, y muchas gracias...

Emsbury sonrió.

—Soy yo el que debe dártelas, Hal. Ahora, por favor, sal con toda discreción.

—De acuerdo.

Al quedarse solo, Emsbury encendió un cigarrillo. Contempló el mar desde la ventana. A lo lejos, entre la bruma, se divisaba tenuemente la costa haitiana. Se preguntó cuándo podrían respirar libremente, en lugar seguro.

* * *

Myrna y Cresylla, vigilaban en la forma ya ensayada. Emsbury se acercó al lavabo, con el papel en la mano, en donde había escrito los signos gráficos del alfabeto Morse.

Usó de nuevo el guijarro. Alguien contestó desde abajo, con un nuevo S.O.S.

Lenta, penosamente, Emsbury compuso una frase:

—Deseamos ayudarle, señor Orlowe. ¿Se encuentra bien? Por favor, haga sus señales lentas y claras.

La respuesta llegó de inmediato:

—Estoy aquí, con Peius. Secuestrados ambos. ¿Quién es usted?

—Stuart Emsbury, de Nuevo York.

—Recuerdo el nombre. Ayúdame, hijo, y te lo pagaré.

—Tenga paciencia. Debemos actuar con suma discreción. Se han cometido ya tres asesinatos. Dígame cuál es su estado de salud.

—Excelente, aunque echo de menos el sol. No podemos quejarnos de la comida. Al menos, en eso son muy corteses.

—En tal caso, insisto, le ruego paciencia. Haremos lo que podamos y en

cuanto nos sea posible. No vuelva a llamar por la cañería, hasta que lo hagamos nosotros.

—Entendido y buena suerte, muchacho.

Emsbury se separó del lavabo.

—Noticias, chicas — exclamó satisfecho—. Cresylla tenía razón: el viejo está secuestrado. Y el auténtico Peius, también.

Myrna silbó tenuemente.

—¿Se te ha ocurrido un plan para rescatarlo, Stuart? —preguntó.

—No hay más que uno. A la noche, cuando todos duerman, correremos la estantería.

—Existe el peligro de que Manning nos sorprenda. Debe de dormir con un ojo abierto.

—¿Alguna de vosotras emplea sedantes?

—Yo —declaró Cresylla—. No es frecuente, pero, a veces, necesito una tableta... Hay sesiones de fotografía que me enervan y me dejan hecha un guiñapo, aunque, paradójicamente, desvelada por completo.

—Entonces, tú te ocuparás de «seducir» a Manning y conseguir que se tome un par de tabletas con el café de después de la cena.

—Stuart, ¿qué me dices de Peius? — preguntó Myrna.

Emsbury reflexionó un momento.

—No podemos hacer nada a este respecto. Pero si Manning está dormido, habremos ganado mucho. Peius, el impostor, claro, se quedará tranquilo en su habitación, si ve que Manning no le requiere para hacer algo.

—La cocina estará abierta— dijo Cresylla —. Un poco de mantequilla en el suelo, facilitará el deslizamiento de la estantería.

—Una estupenda idea, muchacha. Ahora, actuemos con entera normalidad. Hemos de procurar no despertar sospechas. No os mostréis nerviosas ni fuméis demasiado ni hagáis nada que pueda llamar la atención de un tipo tan suspicaz como Manning.

—De acuerdo — contestó Myrna.

* * *

Después de la cena, Cresylla se mostró particularmente atenta con Manning. La modelo se había puesto uno de sus más audaces vestidos y el sujeto parecía fascinado por el atractivo espectáculo que se adivinaba a través de un sensacional escote.

Peius sirvió el café y los licores con su habitual discreción y se retiró. Lila, observó Emsbury, permanecía hosca y ceñuda. Medora, por contra, estaba tranquila, aunque, pensó, por dentro debía de sentirse muy irritada con el hombre que la había abandonado sin despedirse siquiera.

Prowels actuaba también con discreción. Los más animados de la reunión eran Manning y Cresylla. La modelo hacia continua ostentación de sus encantos. A Manning se le iban los ojos tras aquella figura de incomparable

hechizo.

De pronto, la mano de Cresylla dejó caer en la taza de café de Manning un par de tabletas. Emsbury, que había contemplado la operación, respiró aliviado.

La reunión se disolvió gradualmente. Manning fue uno de los primeros en marcharse, alegando sueño. Incluso se olvidó de encender uno de sus hediondos cigarros.

Lila se marchó junto con Medora. Prowels cambió una mirada con el joven y se fue a los pocos momentos. Emsbury quedó con Myrna y Cresylla.

—Creo que lo conseguimos — dijo la modelo.

—Has actuado con gran eficacia — sonrió el joven —. Pero ahora hemos de aguardar a que Peius esté dormido. Retirémonos a nuestras habitaciones...

De pronto, Myrna notó algo extraño.

—¿Dónde está August? — exclamó —. Cenó con nosotros, pero no ha venido a tomar el café.

—Ha debido de volverse a su habitación —supuso Cresylla—. No nos preocupemos demasiado por él.

Peius apareció de pronto en la puerta.

—¿Las señoras y el señor desean algo más de mí? —consultó.

—Gracias, por esta noche, no necesitamos nada más —respondió Emsbury.

—Buenas noches, señor, señoras —se despidió Peius correctamente.

—¿Dónde duerme? —preguntó Myrna, cuando el sujeto hubo desaparecido.

—¡No seas curiosa! —dijo el joven de buen humor.

Myrna se ruborizó.

—Bueno, no hay que ser tan malicioso... Yo quería saber...

—Debe de ocupar alguna de las habitaciones del ático —apuntó Cresylla.

—Si supiéramos cuál es, podríamos cerrarle...

Emsbury consultó su reloj.

—Creo que debemos despreocuparnos de él —dijo—. Dentro de una hora, Manning dormirá como un tronco. Razonablemente, Peius estará también dormido. Con la mantequilla, la estantería resbalará más fácilmente y no haremos demasiado ruido.

—Hay algo que no entiendo — manifestó la muchacha—. ¿Por qué, en lugar de encerrarlos bajo llave, no han matado a Orlowe y al auténtico mayordomo?

—Lo sabremos cuando les hayamos libertado —respondió Emsbury.

Se levantó y caminó hacia una de las ventanas, desde la que se veía el mar, iluminado por la luna, que ya había iniciado la fase de nuevo. De repente, se abrió la puerta.

Era Lila Frobish.

—Quiero hablar con vosotros —dijo la mujer.

Emsbury se volvió en el acto. Lila parecía muy preocupada, casi asustada.

—Será mejor que cierres la puerta — aconsejó.
—Ven —dijo Myrna, asiéndola por un brazo—. Pareces muy aprensiva...
—¿Aprensiva? —Lila rió casi histéricamente—. Estoy aterrada. A cada segundo que transcurre, me doy más y más cuenta de que Rod no se marchó. ¿Cómo podría abandonar un cuarto de millón, él, que hace unas semanas no contaba con otra fortuna que los cinco mil dólares que nos envió un viejo al que no hemos visto todavía?
—Estuviste una noche en su habitación — le recordó Emsbury.
—Es cierto —admitió la mujer—, Pero no fui a lo que pensáis... —Se retorció las manos—. Yo había estado comentando con Rod, que Manning se mostraba demasiado evasivo en la cuestión del viejo. Rod contestó que tenía motivos para ello. Manning no es el que dice ser, sino otra persona. Rod lo había reconocido. Fui a su habitación para comentar el caso. Rod me dijo que trataría de sacar provecho al asunto.
—¿Un chantaje? —apuntó Cresylla.
Lila asintió.
—Si... Había dos lingotes de oro que ya sobraban... Rod dijo que conseguiría uno para él, además del que le correspondía... o haría que todo el mundo supiese que Manning es un falsario.
—¿Te dijo su verdadero nombre? —preguntó Myrna.
—No quiso. Supongo que habló con Manning, éste le daría buenas palabras y... y luego lo asesinó, haciendo desaparecer su cadáver a continuación.
—Lo arrojaron al mar —dijo Emsbury gravemente.
Lila se tapó una mano con la boca.
—¡Oh, no! —exclamó.
—Yo lo vi —insistió el joven.
—Pero ¿por qué no me dijiste...?
—Querida, tengo tanto apego a mi pellejo, como tú al tuyo.
Lila miró sucesivamente a los tres jóvenes.
—Entonces... ¿estamos en la casa, a merced de un asesino loco, que nos va a matar uno por uno?
—Con moderado optimismo, creo que no habrá más asesinatos —respondió Emsbury—. Por eso te recomiendo vuelvas a tu habitación y te encierres con llave. Ah, y no bebas más agua que la que sale de! grifo.
—Sí, sí... ahora mismo...
Lila se puso en pie. Parecía terriblemente amedrentada. Emsbury decidió tranquilizarla.
—Te acompañaré —sonrió.
—Gracias —dijo Lila—. Yo...
Se mordió los labios, como si no quisiera caer en un ataque de llanto. Emsbury la asió por un brazo y caminó con ella hacia la puerta.
—Volveré en seguida — dijo a las otras.
Subieron al piso superior. Lila se volvió, ya junto a la puerta de su

dormitorio.

—No sé cómo darte las gracias.

—Bah, olvídalo. Buenas noches, Lila.

—Buenas noches, Stuart.

La mujer entró en su dormitorio. Emsbury se palpó los bolsillos y notó que no tenía tabaco. Entonces, fue a su dormitorio y buscó un paquete en el equipaje. Cuando iba a cerrar la maleta, creyó oír el ruido de una puerta que se cerraba en el ático.

Frunció el ceño. ¿Otra vez August iba a...?

Durante unos segundos, permaneció indeciso. Luego, de repente, salió del dormitorio y se encaminó al ático.

Había varias puertas cerradas. Emsbury abrió la primera y vio dos camas vacías, aunque con claras señales de haber estado ocupadas hasta hacía poco. Retrocedió un paso y se acercó al siguiente dormitorio.

Dudó un momento. Luego, abrió de golpe.

Entonces, presenció un horripilante espectáculo.

Había cuatro mujeres, completamente desnudas, todas ellas con sendos cuchillos en la mano. El fotógrafo, también desnudo, las contemplaba con ojos despavoridos, encogido en un rincón de la estancia, sin fuerzas siquiera para emitir un solo grito.

Lentamente, las mujeres avanzaban hacia August, los cuchillos en alto, dispuestas a despedazarle. Emsbury se dio cuenta de que no podría hacer nada por aquel detestable sujeto.

De súbito, se le ocurrió una idea.

—¡Atrás! ¡Quietas! ¡Dejad los cuchillos!—exclamó imperativamente.

Las «zombies» se detuvieron en el acto. August sollozó, aliviado de su pánico.

—¡Volved a vuestros lechos!—ordenó el joven.

Cuatro afilados cuchillos cayeron sucesivamente al suelo. Las sirvientas giraron lentamente y se encaminaron hacia la salida. Entonces, August se incorporó y corrió hacia el joven.

— Gracias, me ha salvado la vida...

En aquel instante, Emsbury supo que no podía contenerse. Alzó la mano y con el revés, golpeó la boca de August, haciéndolo trastabillar.

— Eres un sujeto asqueroso, repugnante —le apostrofó—. Debería haber permitido que esas mujeres te hicieran trizas..

Desde el suelo, August le miró estupefacto. Un hilillo de sangre corría por su mentón. Asqueado, sintiendo náuseas, Emsbury giró sobre sus talones y emprendió el regreso a la planta baja.

CAPITULO XI

Al llegar al salón, se sirvió una copa y la despachó de un trago.

—Cresylla, en cuanto puedas, deshazte de August —dijo

—¿Qué pasa? — Preguntó la modelo—. Otra vez...

—Sí, pero en esta ocasión, ha podido resultarle fatal. Las cuatro sirvientas iban a acuchillarle.

—¿Lo has visto? — preguntó Myrna.

—Llegué justo en el último instante.

—Pero... son unas «zombies»...

—Les ordené volver a sus camas y obedecieron. ¿No obedecen cuando les pedimos café o alguna otra cosa?

—¿Qué dijo August? — quiso saber Cresylla.

Emsbury hizo un gesto de desdén.

—Será mejor que no sigamos hablando de eso —contestó—. En cambio, debo deciros otra cosa. En parte, Lila nos ha mentido.

—¿Cómo? —Respingó Myrna—. Estaba aterrorizada...

—Tengo la impresión de que se había puesto de acuerdo con Keeler, para conseguir cada uno otro lingote de oro, aparte del propio.

—¿No parecería más razonable que Keeler se hubiese puesto de acuerdo con Medora? —opinó Cresylla.

—Posiblemente, pero es Lila quien nos ha contado sus sospechas. Pero también pudo suceder que no confiase en Medora y sí en Lila.

—Creo que, de todos modos, eso no tiene importancia —terció Myrna—. Aunque sea hablar irrespetuosamente, Keeler quiso ir por lana y acabó trasquilado.

—Eso es cierto —convino el joven—. Pero ahora nos queda la duda. . ¿Quién es Manning?

—Abajo hay dos hombres encerrados, que podrán aclararnos algunas cosas, cuando los hayamos liberado

—le recordó Cresylla.

—Sí, es cierto. —Emsbury consultó su reloj—. Bueno, creo que es ya hora de que iniciemos la operación.

Echó a andar hacia la puerta y la abrió, pero cerró de nuevo casi en el acto.

—¿Qué pasa? —preguntó Myrna, alarmada.

Emsbury se llevó el índice a la boca.

—Silencio —susurró.

Abrió, muy despacio, y miró a través de la rendija. Acuciada por una invencible curiosidad, Myrna se situó delante de él, pero acuclillada.

Peius salía en aquel momento de la biblioteca, cargado con uno de los lingotes de oro. Cruzó el vestíbulo, llegó a la puerta principal, abrió y desapareció al otro lado.

Emsbury giró en redondo y corrió hacia una de las ventanas. Desde allí,

podía ver al mayordomo, caminando en dirección al embarcadero.

—Se llevan el oro — exclamó Myrna.

—El oro, para mí, en estos momentos, es lo de menos —declaró el joven —, Cresylla, quédate en la ventana. Cuando veas que vuelve Peius, hazle una señal a Myrna. Tú, Myrna, me avisarás entonces.

Emsbury buscó una de las cortinas y arrancó los cordones. Luego miró sucesivamente a las dos jóvenes.

—Voy a darle una sorpresa — anunció.

Myrna hizo un gesto de asentimiento. Emsbury abandonó el salón y se situó junto a la puerta de entrada

Aguardó pacientemente unos minutos. De pronto, vio que Myrna le hacía un gesto con la mano. Por señas, él le ordenó esconderse, cosa que la muchacha hizo en el acto.

La puerta se abrió a los pocos segundos. Emsbury se preguntó si tendría la suficiente fuerza en el puño, para dejar sin sentido a Peius. Si no lo conseguía a la primera...

El golpe resultó satisfactorio. Alcanzado de lleno en el occipucio, Peius se desplomó fulminado.

Emsbury se arrojó sobre él y le ató primeramente las manos a la espalda. Ligó sus tobillos a continuación y finalizó poniéndole su pañuelo en la boca. Luego arrastró al mayordomo hasta el salón.

—Eres todo un héroe —exclamó Myrna, complacida.

Emsbury sonrió.

—La verdad es que he pasado bastante miedo —contestó—. Bien, vamos ya.

En silencio, abandonaron el salón y se encaminaron hacia la enorme estantería. Myrna se inclinó y engrasó el suelo con la mantequilla. Emsbury se hallaba en el lado opuesto, a fin de hacer deslizarse el pesado mueble, hasta que ocupara su posición primitiva,

—Ya está —anunció la muchacha.

Emsbury empujó. Sorprendentemente, la estantería se deslizó con toda facilidad, e incluso tuvieron que refrenarla, para que no golpease con violencia contra la pared que formaba ángulo a unos metros de distancia

—¡Tiene ruedas! —exclamó la muchacha.

—Deberíamos haberlo sospechado —dijo Emsbury, un tanto indignado consigo mismo, por no haber sabido adivinar una cosa tan lógica—. Ellos no podían hacer ruido ..

La puerta que daba al sótano estaba al descubierto Emsbury alargó la mano hacia el pomo y abrió.

La escalera quedó a la vista. El joven fue el primero en iniciar el descenso, seguido de Myrna y Cresylla. Segundos más tarde, divisaban una escena singular.

Había dos hombres, uno de ellos acostado en un lecho. El otro dormía en el suelo, sobre una manta.

—Hola — dijo Emsbury.

El hombre que dormía en el suelo se levantó de un salto y sonrió, dejando ver sus dientes blanquísimos.

—Ya era hora—dijo—. Soy Peius.

—Stuart Emsbury, Cresylla y Myrna Kahler —presentó el joven —. ¿Cómo está el señor Orlowe?

—Bastante bien, sobre todo, si se tiene en cuenta que llevamos aquí casi tres semanas, señor.

—Usted es el auténtico mayordomo.,.

—Sí. Ese sujeto que se hace pasar por mí, nos sor prendió, junto con un tipo llamado Armbuster, ayudante del señor Manning...

—Eso empieza a explicar muchas cosas — dijo Myrna.

—Armbuster se hizo pasar por su jefe, aprovechándose de que no le conocíamos — adivinó Emsbury —. Posiblemente, estaba a! tanto de las investigaciones sobre nosotros, y decidió aprovechar la ocasión. Ayudado por un cómplice que ha tomado su puesto, claro.

—Conozco a ese hombre — declaró Peius —. En algunos lugares de Haití se le tiene por brujo. Se llama Rongo.

—Entonces, eso explica lo de los «zombies» — dijo Myrna.

—¿«Zombies»? — se extrañó Peius.

—Toda la servidumbre está compuesta por muertos-vivos.

Peius hizo un gesto con la cabeza.

—Sin duda, despedirían a la servidumbre que teníamos en la casa. Ninguno de ellos era, puedo asegurarlo, «zombie».

—Los traería después de secuestrarles a ustedes dos —supuso el joven—. Pero ¿no habría sido más fácil asesinarles?

—Seguramente, se conformaron con tenernos encerrados. No quieren verter sangre...

Emsbury rió sarcásticamente.

—Ya han cometido tres asesinatos —dijo—. Peius, ¿cree que el señor Orlowe está en condiciones de volver a su dormitorio?

—Sería conveniente que aguardásemos a que despierte por sí solo — aconsejó el mayordomo.

De pronto, fue a un rincón y buscó algo, que hizo levantar las cejas a Emsbury.

—¿Qué es eso, Peius? —preguntó.

—Un remedio contra los «zombies», señor —contestó el interpelado.

—Yo he hablado con las cuatro sirvientas y me obedecieron en el acto. No hubo resistencia a cumplir mis órdenes.

—¿Está seguro de que son «zombies» auténticos?

—Pues... la verdad es que no tengo mucha experiencia...

—Por regla general, un «zombie» no se fabrica de la noche a la mañana. Si es que vale la expresión —dijo Peius—. Esas muchachas están sanas, supongo.

—Son muy hermosas, en efecto.

—Entonces, se encuentran en la que podríamos llamar primera fase. Sería muy distinto, si alguna de ellas, por ejemplo, estuviese gravemente enferma y sin posibilidades de curación.

—¿Qué pasaría entonces, Peius?

—Sencillamente, antes de que muriese, el brujo le administraría una potente droga narcótica, que le haría caer en un estado semejante a la muerte. Su familia, naturalmente, lo enterraría. Luego, por la noche, el brujo iría a desenterrarla y ya tendría una «zombie» que obedecería absolutamente cuanto le ordenase.

—¡Como el jardinero! —exclamó Myrna sin poder contenerse.

—Ese sí que debe de ser un «zombie» auténtico —dijo Emsbury.

—Las sirvientas, me imagino, deben de estar sometidas a una potente droga, que anula por completo su voluntad. A la larga, se convertirán en unos seres sin alma... pero si actuamos eficazmente, podrán salvarse.

Peius terminó su trabajo y enseñó los dientes en una alegre sonrisa.

—Con esto, no hay «zombie» que pueda resistir —añadió.

En aquel momento, Orlowe abrió ¡os ojos,

—Peius. .

El mayordomo se volvió.

—Nos han rescatado, señor —informó.

Orlowe miró torpemente a su alrededor.

—Veo caras nuevas — dijo.

—Sus parientes, señor —manifestó Emsbury. Orlowe acusaría muy pronto los efectos de aquel prolongado encierro. A fin de cuentas, eran noventa y ocho años.

—Temo que no fue una idea demasiado brillante —murmuró el anciano.

—Bueno, ya está a salvo, así que no debe preocuparse demasiado — exclamó Myrna jovialmente—. Stuart, ¿qué hacemos ahora?

—Peius debería aconsejarnos —contestó Emsbury.

—Deberíamos reducir a Armbuster y a Rongo, el hombre que ocupó mi puesto —dijo Peius.

—Armbuster está dormido y a Rongo lo he atado y amordazado.

Peius sonrió.

—Es una excelente noticia —dijo—. Pero no me atrevo a dejar solo aquí al señor...

—Yo me quedaré —se ofreció Cresylla.

—Está bien, vamos.

Emsbury echó a correr hacia la escalera, seguido de Peius y Myrna. La muchacha no quería perderse el desenlace del drama, por ningún motivo.

El joven encaminó sus pasos hacia el salón. Abrió la puerta y lanzó un grito de sorpresa:

—¡Rongo no está! ¡Ha conseguido escapar!

Las cuerdas, rotas por la prodigiosa fuerza del brujo yacían en el suelo, lo

mismo que el pañuelo con que Emsbury le había tapado la boca. Tras unos segundos de vacilación, salieron de nuevo al vestíbulo.

—¿Nos buscaban? —sonó una voz irónica.

Emsbury giró en redondo, Ante ellos, a unos pasos de distancia, se encontraban los dos impostores. Con cierto alivio, Emsbury apreció que ninguno de los dos tenía armas.

—No las necesitamos —dijo Rongo, como si adivinase sus pensamientos —. Tenemos algo mejor, algo que no puede fallarnos.

Hizo un gesto con la mano y dos personas, que empuñaban enormes cuchillos, avanzaron lentamente, surgiendo de las sombras. Myrna, aterrada, contempló la rara expresión de aquellos «zombies», en cuyos ojos no se apreciaba más que el blanco de la córnea.

Uno de ellos era el jardinero. El otro, una mujer a la que no habían visto hasta entonces, debía de haber estado escondida en la casa hasta entonces. O tal vez era la cocinera, pensó Emsbury.

Rongo extendió su mano.

—Matad — ordenó.

CAPITULO XII

Los «zombies» permanecieron inmóviles. Rongo frunció el ceño.

—Os he dado una orden —clamó—. ¡Matad, malditos, matad!

Myrna se protegió instintivamente tras el cuerpo de Emsbury. El joven pensó que tal vez, debido a su mayor agilidad, podría eludir los ataques de aquellos muertos-vivos que, extrañamente, se sentían renuentes a obedecer las órdenes del brujo que los había sumido en aquel estado.

—¡Matad, matad! — aulló Rongo, fuera de sí.

Inesperadamente, Peius dio un salto hacia adelante.

Apartó a Armbuster con terrible violencia, arrojándolo al suelo. Acto seguido, se situó a espaldas de la mujer y, con todas sus fuerzas, le hundió en el cuerpo el palo que había aguzado en el sótano.

La mujer no se movió apenas. Atónito, Emsbury vio que la estaca salía completamente limpia de la espalda del «zombie». Casi sin solución de continuidad, Peius repitió la operación con el jardinero.

—Esta es la mejor medicina para los «zombies» —dijo, a la vez que retrocedía unos pasos.

Rongo lanzó un aullido de cólera. Súbitamente, ocurrió algo espantoso.

Las facciones de los «zombies» se deformaron horriblemente. En pocos segundos, sus cuerpos sufrieron una espeluznante transformación. Un insoportable hedor invadió el vestíbulo.

Los «zombies», convertidos en sendas masas de carne corrompida, se derrumbaron al suelo. Myrna, aterrada, se asía al joven con manos crispadas.

Rongo emitió un atronador alarido. Enronquecido por la furia, se abalanzó contra Peius, quien lo esperó serenamente, a pie firme. Cuando las manos de Rongo se alargaban hacia su cuello, el fiel mayordomo hundió la estaca en su pecho, atravesándole el cuerpo por completo, hasta hacer que la punta asomase por la espalda.

Durante un segundo, Rongo se mantuvo en pie. De pronto, un caño de roja sangre brotó de su boca. Dejando la estaca clavada en su cuerpo, Peius dio unos pasos hacia atrás.

Las manos de Rongo estaban crispadas sobre la estaca, como si quisiera desclavarse aquel instrumento que le estaba arrancando la vida. Súbitamente, con un hondo gemido de agonía, se desplomó al suelo y quedó inmóvil, junto a los corrompidos restos de sus «zombies».

Para Myrna fue demasiado. Sintió que todo le daba vueltas y perdió el conocimiento.

* * *

Pronto amanecería. Sorprendentemente, las sirvientas actuaban ahora con entera normalidad. Emsbury apreció que se sentían liberadas por la muerte del

brujo.

Posiblemente, no sólo la droga, sino también algo más poderoso, una fuerza de voluntad que no podía definirse con palabras, las había tenido sometidas a aquel hombre de poderes casi sobrenaturales. Inerte la mente que las dominaba, eran ahora seres completamente normales.

Una de ellas, sin embargo, había sido violada por August. Emsbury no sabría reconocerla. Probablemente, la mujer no guardaba siquiera memoria de lo ocurrido. Quizá la reacción de las cuatro se había producido por alguna orden de Rongo, que debía ser ejecutada cuando

August volviese a intentar de nuevo una acción tan repugnante.

Myrna se había recobrado de su desmayo. Ayudado por las doncellas, Peius se había ocupado de limpiar el vestíbulo. Rongo sería enterrado en un rincón de la isla, junto con los restos de los dos «zombies». Peius aseguraba que la estaca clavada en el corazón del brujo, le impediría volver a la vida.

Quizá eran sólo supersticiones, pero no pensaba contradecir a Peius. Ahora lo que le interesaba era hablar con Armbuster.

El sujeto se sentía completamente derrotado. Habló sin necesidad de que Emsbury tuviera que hacer presión sobre él. Acaso quería descargar su conciencia, pensó el joven, cuando, por fin, Armbuster hubo terminado su relato.

Por precaución, lo dejó encerrado en el sótano. Myrna aguardaba en el salón. Una doncella trajo café en abundancia.

—Es un plan que Armbuster había ideado hacía ya mucho tiempo —explicó el joven—. Cuando Manning recibió el encargo de investigar sobre todos nosotros, Armbuster, naturalmente, colaboró con él, como principal ayudante suyo. Armbuster, lógicamente, tuvo que viajar a Haití, para hablar con Orlowe y escuchar detalles que le permitiesen ayudarle en su tarea. Entonces fue cuando conoció a Rongo.

«Armbuster se enteró también de algunas de las debilidades de Rongo. La brujería, imagino, no es incompatible con la codicia, y a Rongo le tentó la idea de recibir algunos lingotes de oro, a cambio de su colaboración.

—Pero, me parece, que Armbuster empezó a realizar su plan con bastante antelación — objetó Myrna.

—Es lógico, teniendo en cuenta que debía secuestrar a Peius y a su amo, y sustituir a la servidumbre. No querían cometer ningún asesinato; no les convenía mancharse las manos de sangre. Aunque las doncellas estuviesen drogadas, era preciso, puesto que se trataba de nativas, instruirlas mínimamente, a fin de que realizaran su papel satisfactoriamente.

—Sí, resulta razonable — admitió la muchacha Pero, al final, tuvieron que matar.

—Los secuestrados, lógicamente, estaban en un lugar al que, de una forma u otra, llegaban sonidos. Al cabo de un tiempo, se enteraron de que habían llegado huéspedes. A Peius se le ocurrió entonces golpear las cañerías, parte de las cuales atraviesan el sótano, para llegar al sistema de desagüe general.

Pero algunas están empotradas y, aparte de ello, tienen que atravesar toda la planta baja. Por eso los sonidos llegaban tan amortiguados.

—De acuerdo, pero ¿cómo explicas las muertes de Skinner y de Simms?

—Skinner fue el primero que oyó una señal de llamada y se lo dijo a Armbuster. Este, a su vez, se lo contó a Rongo, que fue quien decidió la muerte del borrachín Rongo lo mató, atravesándole el corazón con un punzón Fue una mala simulación de un ataque cardíaco, pero no tenían otra salida, por el momento, sobre todo, cuando pudieron desempeñar la comedia de su desaparición

—¿Qué me dices de Simms?

—También oyó las señales y también habló con Armbuster. Tu suerte fue que ya recelases algo y me lo comunicases a mí. Simms fue a pasear por el promontorio y Rongo, escondido en la cueva, lo hizo saltar al océano En cuanto a Keeler, Lila nos ha dado la explicación adecuada. Keeler, debido a su género de vida mundano, conocía a mucha gente y se dio cuenta de que el hombre que decía llamarse Manning no era sino un impostor. Pero en lugar de desenmascararlo, decidió obtener provecho de la situación.

—Ya esos dos individuos, no les convenía un reparto del botín.

—Es comprensible —sonrió Emsbury.

—Entonces, por eso situaban al jardinero ante la puerta de los aposentos con el cartel —dijo la muchacha.

—Aunque hubiera podido hablar, desconocía nuestro idioma. Claro está, les interesaba continuar manteniendo la ficción sobre la enfermedad de Orlowe.

—Bueno, pero ¿hasta cuándo pensaban seguir así?

Esto es algo que no se podía prolongar indefinidamente.

Emsbury encendió un cigarrillo.

—Verás, anoche, Rongo llevó al embarcadero el último lingote de oro.

—Sí, lo sé.

—El mismo Armbuster no sabe con exactitud cuándo llegará. Tiene un amigo, piloto de aviación, que debe venir a recogerle en la isla.

—¡Oh! — Exclamó Myrna—, Eso explica...

—Sí, explica los desesperados esfuerzos de Armbuster por mantener la ficción, Pero ni él mismo sabe por qué se ha retrasado su amigo,

—Entonces, se hubieran llevado el oro, para introducirlo de contrabando en los Estados Unidos.

—Exactamente.

—¿Has hablado con el viejo?

—Todavía no. Está descansando y ahora es de veras Peius nos avisará cuándo podemos subir a verle.

Myrna sonrió.

—Es curioso. Prowels, Medora y Lila no se han enterado siquiera de lo que ha sucedido esta noche — dijo

—Ya lo sabrán a la hora del desayuno. —Emsbury miró hacia la ventana.

El sol estaba a punto de salir—. Myrna, ¿piensas de veras montar la «boutique»?

—¿Por qué lo preguntas? — quiso saber ella.

—Mujer, simple curiosidad...

—Tú irás a vivir al campo.

—Alguna vez tendré que viajar a Nueva York. Iré a visitarte.

—¿Crees que trabajarás mejor fuera de la ciudad?

—Sí, seguro. Ya tengo elegido, incluso, el sitio. Es encantador y a poca distancia hay una pequeña población, que evitará la sensación de absoluto aislamiento..

Súbitamente, se oyó un zumbido lejano.

—¡El avión! — exclamó Emsbury.

—Pero aquí no puede aterrizar...

—Es un hidroavión —contestó él—, ¡Vamos a recibirlo!

De pronto, Myrna se dio cuenta de un detalle que le había pasado desapercibido hasta el momento.

—¿Dónde está Cresylla? —preguntó—. Me parece que le habría gustado conocer la historia...

—No te entretengas —dijo Emsbury, a la vez que se apoderaba de su mano —. Aprisa, aprisa...

* * *

Cuando se hallaban a mitad del camino que conducía al embarcadero, vieron algo que les dejó estupefactos.

Cresylla estaba en la motora y la hacía despegar del muelle en aquellos instantes.

—¡Ah, traidora! —exclamó el joven, llenó de furor.

Cresylla rió burlonamente.

—Adiós, chicos —gritó, por encima del petardeo del motor—. Cuando veáis a August, podéis decirle que se vaya al infierno. Que use mi contrato para papel higiénico.

El hidroavión maniobraba para posarse en el agua. Cresylla paró un momento la motora, dejando el motor al mínimo de revoluciones.

—Lo siento, pero quiero vivir completamente libre —manifestó.

—Sí, el oro se lo permitirá —dijo Emsbury sombríamente.

Myrna se puso las manos en torno a la boca.

—Cresylla, ¿cómo llegaste a saber que debía venir un avión? — preguntó.

La modelo lanzó una alegre carcajada.

—Algunos hombres se derriten en cuanto una mujer les hace unos cuantos arrumacos —contestó —. Para Armbuster resulté irresistible. Me lo contó todo.

—Nos ha estado engañando todo el tiempo — dijo Emsbury desalentadamente.

August llegó corriendo en aquel momento, completamente sin aliento.

—Me abandona —sollozó—. A mí, que fui su Pygmalion, que hice de ella una estrella de incomparable brillo...

—La tenías demasiado atada, estúpido —contestó Myrna, furiosa.

—Pero yo era su creador, el que hizo de un montón de barro una estatua como jamás se vio en parte alguna..

—La estatua ha cobrado vida repentinamente —dijo Emsbury. Y, en cierto modo, no reprochaba a Cresylla su actitud.

La modelo agitó su mano una vez más.

—Quizá nos veamos algún día —se despidió—. El viejo tiene dinero de sobra. Adiós.

Aceleró y la motora se encaminó al encuentro del hidroavión, que se acercaba lentamente a la isla.

El aparato se detuvo. Era un hidroavión de ala alta, con dos flotadores. La portezuela se abrió y el piloto asomó, con un cable en las manos.

Cresylla agarró el cable y la motora quedó sujeta momentáneamente a los flotadores. Peius descendió también al embarcadero.

—Tendríamos que impedirlo —dijo.

—No lo intente siquiera —aconsejó Emsbury—, Aparte de los tiburones, es muy probable que el piloto esté armada.

El hidroavión se había detenido a unos doscientos cincuenta metros de la isla y permanecía inmóvil merced al ancla lanzada por el piloto. Emsbury le vio hablar brevemente con Cresylla y asentir a lo que ella le decía. Inmediatamente, comenzó el transbordo del oro.

Fue una operación larga, porque debía ser realizada por dos personas y, al menos una de ellas, no era demasiado robusta. Pero el sentimiento de codicia les dio fuerzas y, al fin, los trescientos cincuenta kilos largos del preciado metal, estuvieron a bordo del avión.

Entonces, el piloto desamarró la motora y, para evitar una mayor pérdida de tiempo, cortó el cabo del ancla. Luego ocupó su puesto.

La hélice giró de nuevo y el motor roncó atronadoramente. Poco a poco, el hidroavión se movió, hasta quedar encarado frente al viento. Entonces, el piloto aceleró.

La carrera de despegue, debido al exceso de peso, fue algo más larga de lo normal, pero, al fin, los flotadores se separaron del agua. El hidroavión ascendió gradualmente y, a cierta distancia de la isla, viró en redondo.

—¿Por qué vuelven! — se asombró Myrna.

—Cresylla nos va a sacar la lengua — dijo Emsbury.

El aparato ascendía con grandes dificultades. Emsbury meneó la cabeza.

—Demasiado peso — murmuró.

Ahora, el hidroavión estaba a unos ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar. Todos los espectadores pudieron ver el siguiente viraje. No cabía duda; Cresylla quería saborear la victoria.

El aparato volaba ahora rectamente. Emsbury apreció que iba a pasar a

unos cincuenta o sesenta metros sobre la vertical de la costa.

De repente, algo se desprendió del vientre del hidroavión.

Una serie sucesiva de objetos que chispeaban al ser heridos por los rayos del sol, cayeron rapidísimamente al agua, provocando grandes estallidos de espumas.

—¡Se ha desfondado! — gritó Emsbury.

Los diez lingotes de oro se hundieron en el mar. Pero casi en el acto, ocurrió algo horrible.

A través del hueco, pasó un bulto humano, que movía brazos y piernas frenéticamente durante su caída. El hidroavión, aligerado de peso súbitamente, dio un brusco salto hacia arriba, pero, al mismo tiempo, el piloto perdió el control y el aparato hundió el morro casi verticalmente.

Las aguas se agitaron terriblemente con el impacto del cuerpo humano, que pareció rebotar un instante, para hundirse como un plomo a continuación. Mientras caía,

Emsbury pudo ver el revoloteo de unas faldas.

El piloto, desesperadamente, intentó hacerse de nuevo con el control del aparato. Era demasiado tarde, sin embargo. Hubo un formidable estruendo al chocar contra un acantilado, y luego se produjo una atroz explosión de fuego y humo.

—Los lingotes están a unos sesenta metros. Pueden ser rescatados, pero tendrán que venir equipos especiales —dijo Emsbury más tarde.

—De Cresylla, ni rastro —se estremeció Myrna.

—Hay tiburones —recordó él—. Aparte de que tuvo que morir instantáneamente. Cayó desde ciento cincuenta metros. El piloto murió carbonizado. El avión no era el adecuado para el transporte del oro.

Myrna suspiró.

—¿Qué dicen los otros? — preguntó.

—Se sienten muy contentos de haber salvado la vida.

—Como nosotros.

—Vivir vale la pena, ¿no?

—Sí. Yo me había hecho ciertas ilusiones...

Emsbury se apoderó de la mano de la chica

—Voy a firmar un buen contrato —dijo—. Ganaré lo suficiente para dos personas... y lo que pueda venir más adelante.

Myrna le miró fijamente.

—Parece como si oyera algo parecido a matrimonio...

—Si quieres que lo diga con todas las letras... August apareció de pronto. Tenía los ojos enrojecidos. —Myrna, tengo que decirte una cosa. Puedo hacer de ti una estrella, como jamás se ha conocido —exclamó—. Tienes un tipo encantador, créeme, y una expresión dulce, amable, suave, cálida...

Emsbury pasó un brazo por los hombros de la muchacha.

—August, si Myrna necesita un Pygmalion, soy yo —dijo.

El fotógrafo se quedó con la boca abierta.

—Vaya, me parece que he llegado tarde — exclamó.

—August, hazte cuenta de que ni siquiera existo —contestó Myrna.

—Bueno, si te lo tomas así...

Peius apareció de pronto en el umbral.

—El señor Orlowe desea verles —anunció

—¿Vamos, Myrna? —dijo Emsbury.

—¿Cómo está, Peius? —preguntó la muchacha.

—Bien, señorita. He hablado con el señor. Está enterado de todo lo sucedido. Dice que les compensará por la pérdida del oro.

Emsbury se volvió hacia la muchacha.

—A mí no me importa en absoluto. ¿Y a ti?

—El oro — dijo ella desdeñosamente—, ¿Qué es eso, Stuart?

—Nada, no vale nada.

Peius sonreía.

—Ustedes poseen algo que vale más que todo el oro del mundo —dijo. Se hizo a un lado cortésmente—. Por aquí, tengan la bondad.

El brazo de Emsbury bajó hasta la cintura de la muchacha. Aquella aventura les había permitido encontrarse a sí mismos y ello tenía un valor inmenso, el valor de su futuro.

FIN